



¡SOY INVISIBLE!

NAIARA SÁNCHEZ

¡SOY INVISIBLE!

Naiara Sánchez

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

¡Soy invisible!

© Naiara Sánchez, 2024

Diseño de la portada: Roma García

Imagen generada con image creator (IA) de Microsoft

Maquetación: Naiara Sánchez

Corrección. Grupo L.B.

Edición: Naiara Sánchez

ISBN: 9798304422277

Depósito Legal: DL NA 2332-2024

Todos los personajes y hechos de esta novela son fruto de la imaginación de la autora.

Para todas las personas que se han sentido solas alguna vez, aunque hayan estado rodeadas de gente.

“El día que me volví invisible...”. No. Espera. Mejor empiezo por el principio. “Mi mejor amiga se ha ido a vivir a otro país y yo me siento perdida, como en un centro comercial en época de rebajas, es decir, desorientada entre tanta gente”.

Cierro el diario, le pongo el candado para que nadie pueda acceder a mis pensamientos y regreso a la cama deseando que se pare el tiempo. La idea de escribir ha sido de mi tía Ana. Ella es poeta y se expresa a través de las palabras. Yo prefiero pintar o bailar, es mi forma de divertirme y desahogarme, pero desde que Martina se marchó, no me apetece hacerlo. No tengo ganas de hacer nada y, mucho menos, de ir al instituto. Llevo un mes y medio en 1º de ESO. Sin embargo, los días se me hacen eternos y creo que no estoy preparada para el cambio. Deseo regresar al colegio, con mi tutora Gloria y con Martina. Fueron años tan felices...

El instituto.

Si la propia palabra da miedo, imagínate el edificio. Es enorme y de un gris tan apagado que me recuerda a un día de lluvia. ¿No pensaron en hacerlo un poco más atractivo? Yo lo hubiera pintado con los colores del arcoiris. En sexto de primaria me preguntaba continuamente sobre los profesores, las clases y los nuevos compañeros. Ahora la tristeza no me deja ver más allá.

—¡Silvia, levántate! ¡Es la hora!

Mi madre grita desde el pasillo. No sabe que llevo una hora despierta. He tenido tiempo de escribir y de pintar una mandala con forma de gato. Adoro los animales. En casa tenemos dos gatos: Rambo y Rocky. Fue mi padre el que les puso esos nombres. Le encanta el cine.

Pereza.

Solo seis letras, pero pesan una barbaridad. Me desperezo tumbada estirando los brazos y sacando una pierna por debajo del edredón. Miro hacia la silla de mi escritorio para asegurarme de que ayer preparé la ropa. No me apetece pensar en qué ponerme, la verdad. Es miércoles, pero parece viernes. La tristeza me impide levantarme de un salto, como hacía antes de...

—¡Silvia, te he dicho que es la hora!

Mi madre ha entrado en la habitación sin avisar y me ha dado un susto de muerte. Si de normal me cuesta reaccionar por las mañanas, ahora más.

—¡No me grites! ¡Ya voy!

Desde que cambiaron la hora, hace tres días, noto que a mi cuerpo le cuesta adaptarse. Me gustaría quedarme en la cama. ¿Tan difícil es comprenderlo?

—Hoy tenemos prisa. Tu hermano tiene revisión en el pediatra. ¡Hay que ventilar la casa ya! Vístete y abre la ventana.

Lo que faltaba. Más prisas. Mi hermano se asoma por detrás de mi madre, vestido y peinado. No, peinado no, *requetepeinado*.

—¡Mamá! ¿Cuánto quedaron ayer el Osasuna y el Madrid?

—Espera un poco, luego lo miro.

—¡Quiero saberlo ya!

—He dicho que te esperes.

—Cómprame un móvil y no te pediré que me lo digas.

Mi madre gira el cuello como un robot articulado.

—¡¡Asier Martínez!! ¡Esperaaaaa!

Tiene diez años y adora el fútbol. Le encanta jugar y coleccionar álbumes y cromos de jugadores. Incluso pega en las paredes de su habitación los pósters que le regalan en las revistas. Su vida gira en torno a un balón. No ve más allá. Cuando mi padre y él ponen los partidos que retransmiten por la televisión mi madre se mete en la cocina a preparar magdalenas o bizcochos y yo aprovecho para bailar en mi cuarto. Sus insoportables gritos suelen escucharse por todo el vecindario: ¡gol!, ¡Falta!, ¡Penalti! ¡Córner!

Por fin se han ido de mi cuarto. Me visto a cien por hora y mi paso por el baño se convierte en un nuevo récord.

—Ayer hice estas maravillosas magdalenas de chocolate y frambuesa. Coge una.

Mi madre se vuelve muy pesada con su repostería. Es deliciosa, sí, pero no siempre me apetece.

—¿Y el desayuno? —me pregunta cuando ve que no me siento en la silla—, Con la tripa vacía no se puede pensar.

—No me apetece nada. Mejor me preparo el bocadillo del almuerzo y me voy.

Tengo el estómago cerrado. Presiento que este no será el mejor día de mi vida.

El autobús. La recreación de la selva en un espacio diminuto. El chófer nos ignora, su trabajo es conducir; Adelaida, la cuidadora, solo ve lo que quiere y defiende a quien le cae bien. Una injusticia en toda regla. Lo de tener cuidadora es nuevo, las han puesto por los conflictos de los últimos años. Aunque, si te soy sincera, creo que tendremos más problemas con ella que solos.

Aguardo en la marquesina. Hace poco más de un mes que empezó el otoño, pero el viento es gélido y el cielo amenaza lluvia. Menos mal que me he puesto el abrigo con capucha y que llevo un paraguas plegable en la mochila.

—¡Silvia! ¡Silvia!

Escucho voces. Ojalá no se dirijan a mí. No soy la única chica con ese nombre. Sin embargo, se acercan cada vez más.

—¡Silvia! ¡Silvia!

Vale, creo que ha llegado el momento de girarme y ver quién es, aunque lo intuya. Cuando lo hago, me encuentro a Ángela, la líder de las *vips*. Las chicas populares, las intocables, las envidiadas.

—Hola, Ángela.

Saludar es de gente educada.

—¿Dónde está tu amiga Martina?

Lo dice mientras esboza una sonrisa maléfica. Ella lo sabe perfectamente, pero quiere hacerme daño. Conozco sus artimañas. Sin embargo, el dolor es tan fuerte que los ojos se me inundan de lágrimas.

—¿Se ha marchado a su país? —Remarca las dos últimas palabras alzando más la voz y simulando que le da pena.

Es una señal de aviso para sus secuaces, que levantan el vuelo y se presentan en menos de diez segundos. No las llamo amigas porque creo que están manipuladas. Hacen TODO lo que ella ordena. Martina y yo lo hemos comprobado miles de veces. Martina. Es pensar en ella y partirse mi corazón. ¿Puede un corazón romperse y recomponerse tantas veces? El mío, al parecer, sí.

—Martina está con su tribu. Deberías sentirte feliz por ella.

Me giro y Ángela me agarra del brazo para devolverme al sitio donde estaba.

—¿Tienes prisa? ¿Has quedado con alguien?

Todas ríen. Sus carcajadas se me clavan como espadas. ¿Pueden ser más odiosas? La respuesta es: no. O tal vez sí. Una chica llamada Carla tuvo que cambiar de instituto por ellas. Lo último que le hicieron fue meter su mochila en la taza del baño. Después se fijaron en mi amiga y en mí y volcaron su ira en nosotras, pero juntas fuimos invencibles. Ahora solo quedo yo y no creo que aguante mucho. Necesito un plan.

El sonido de las puertas del autobús abriéndose me salva de huir corriendo a mi casa, aunque la voz de Adelaida no me ayuda.

—Silvia, ¿dónde está Martina?

La miro con cara de pocos amigos y ella lo nota.

—¿Le ha pasado algo? Lleva días sin venir.

Ángela se adelanta, como siempre, para hacer el mal.

—Ha regresado a su país, con su tribu de peruanos. Su padre ha dejado de ganar dinero con esa flauta que tocaba. Mi padre le llamaba perroflauta.

—¿Se ha marchado para siempre?

Ese “para siempre” me enmudece y solo puedo asentir con la cabeza. Adelaida frunce el ceño y agranda tanto los ojos que se le van a saltar. ¿Qué le pasa? Parece que va a explotar.

—¡Estoy harta de este trabajo! No avisan de nada. Nunca me dicen estos cambios, tiene que andar una adivinando las cosas. ¿Qué se creen, que soy vidente? No sé qué hago aquí con lo poco que me pagan. Casi mejor irme al campo a coger olivas o espárragos, por lo menos ellos no hablan. ¡Se me está agotando la paciencia!

Se ha puesto tan roja como un tomate y ha conseguido que todos se callen.

—Vale. Entonces la tacho de la lista.

Saca un bolígrafo de su bolsillo y emborrona el nombre de mi alma gemela hasta hacerlo desaparecer. Otro dardo directo a mi pobre corazón.

Una vez en el autobús, miro mi sitio vacío. Las *vips* son las dueñas de la parte trasera, seguidas de los deportistas y empollones o nerds. Por delante se sientan los frikis o *geeks* y los *otakus*. Martina me explicó hace poco qué es un otaku. Son fanáticos de la cultura japonesa, del anime y el manga. Llevan incluso mechas de colores de quita y pon. ¿Dónde me siento? Antes lo hacíamos cerca de los empollones, no porque nosotras lo seamos... De tener que encasillarme en un grupo, creo que me pegaría el de friki por mi pasión por el baile. A veces siento que es una obsesión y me identifico con los *geeks* por ese motivo. Eso sí, visto mucho mejor y no tengo cara de friki. A ellos se les nota. No pueden evitarlo. ¿Hay alguna categoría para alguien como yo? ¿Alguien “normal”? Como diría mi profesora de lengua, “normal es un programa de lavadora, no podemos definir a las personas con ese adjetivo”. Recuerdo que se puso de muy mal humor con este tema. Comenzó hablando sobre amistades y Abdel dijo que él solo tenía amigos normales. A pesar de ser una mujer paciente y comprensiva, esa palabra la sacó de sus casillas.

—¡Silvia! ¡Deja de mirar a todos y siéntate de una vez!

El grito de Adelaida me trae de nuevo a la tierra. Vale. Estoy sola en el autobús y tengo que sentarme con... NADIE.

Elijo un asiento cercano a la puerta trasera para salir cuanto antes. Cuatro paradas después se sienta conmigo Paula, una chica solitaria de mi clase que apenas me dirige la palabra.

—Hola —le saludo.

Ella no responde. Ni siquiera me mira. ¡Genial, me espera un gran día! (Pensamiento irónico).

Reflexiono mientras camino hacia clase. Tengo dos opciones. Hacerme una amiga rápido (misión imposible) o aprender a ir sola a los sitios. Con “sola” me refiero a: la clase de música, la cafetería, el patio, el baño... Nadie, y cuando digo nadie es NADIE. Nadie va al baño sola. Quiero decir que ninguna chica lo hace.

Lo bueno del instituto es que somos unos novecientos alumnos y que es fácil pasar desapercibida. Además, los tiempos están tan marcados que lo hacemos todo a la vez. Solo se puede ir al baño durante los recreos, así que al menos, podré entrar “acompañada”. Los pasillos son tan estrechos que nos amontonamos y quizá en esos momentos no llame demasiado la atención.

Es el patio lo que más me preocupa. Allí los grupos de amigos se mueven en masa de un lado a otro. Hay chicos y chicas que se quedan sentados en los bancos, otros juegan a fútbol, los más mayores, los de Bachillerato, salen fuera del recinto escolar, y por último están los solitarios, que parecen satélites dando vueltas alrededor de los planetas. Vaya, sin darme cuenta he encontrado mi grupo. No soy una friki ni una empollona, mucho menos una popular, me he convertido en solitaria. Antes tampoco era de ninguna de esas categorías, pero Martina y yo íbamos juntas a clase, al autobús, vivíamos cerca... era como la hermana que siempre quise y nunca tendré. Los ojos se me inundan de lágrimas y me tropiezo con la profesora de Lengua, que además es mi tutora. Teresa es maravillosa. Pura dulzura. Se le han caído las fotocopias por mi culpa y, aun así, no me ha echado la bronca.

—¿Silvia, te encuentras bien? —me pregunta en cuanto me mira a la cara.

Me agacho para ayudarle a recoger las hojas y sin querer me fijo en que son exámenes. Cuando me dispongo a buscar el curso, veo que son para segundo. Vaya, no me vendría mal una ayudita en estos momentos.

—Silvia, ¿te encuentras bien? —repite la pregunta y yo no tengo respuesta.

Mi cerebro trabaja a toda velocidad valorando las consecuencias de decir la verdad (no me encuentro bien) o una mentira piadosa (me encuentro fenomenal). Al final no me queda claro y respondo con un comodín.

—Hola, Teresa. Me voy a clase.

—Silvia, quería comentarte... si necesitas... con alguien...

Sus palabras se pierden en el camino mientras me dirijo hacia el fondo del pasillo sin mirar atrás. ¿Qué puedo decirle? Saben que Martina se ha marchado y que estoy sola. ¿Qué más quieren que les cuente? Creo que cuanto menos me lo recuerden, menos sufriré. Llego al aula y me siento en mi sitio. Como tenemos las mesas en grupos, no se nota tanto la soledad. Ahora somos un grupo de tres. A mi izquierda se sentaba Martina, frente a mí Abdel, un chico árabe muy simpático y trabajador y a su lado Kelly, la última en unirse a las *vips*, una chica colombiana de clase alta que estudia lo justo para aprobar. Solo le interesan la moda, la estética y repetir lo que hace Ángela, la líder de su selecto grupo.

Al instituto llegamos de diferentes pueblos de Tierra Estella. Allí nos mezclan en clases,

aunque a los que vamos del mismo pueblo nos suelen poner juntos por parejas o tríos, dependiendo del número. Abro la agenda para ver qué tenemos a primera hora, creo que toca mate o lengua, pero todavía no me he aprendido el horario de memoria. Matemáticas. No es mi asignatura favorita, pero tampoco me disgusta.

El profesor entra con prisa. Saluda, abre el libro y en menos que canta un gallo ha cubierto la pizarra con operaciones combinadas resueltas. Era la tarea. Si no la corrijo rápido va a borrar la pizarra y me caerá una buena bronca. Mikel es zurdo, muy exigente y, además, es el DIRECTOR. Cuando está en el aula nadie pronuncia una palabra, es como si estuviera solo, no se escucha ni una mosca. Seguro que ellas también le tienen miedo.

—¿Lo entendéis todos? ¿Tenéis dudas? —pregunta fijando la mirada en mi grupo y en mí.

Noto cómo se me calientan las mejillas. Yo sí lo entiendo, pero me quedo paralizada.

—Silvia, ¿tenías la tarea bien?

¿Por qué me pregunta a mí? Asiento con la cabeza a la vez que Ángela levanta la mano. ¿Qué quiere ahora?

—Mikel, yo he hecho los ejercicios de la a hasta la h.

El profesor gira su cara de pocos amigos, mientras su boca se transforma en una diminuta sonrisa. No me lo puedo creer.

—Enhorabuena, Ángela. A eso se le llama interés y motivación. Así llegarás lejos.

La líder de las *vips* me fulmina con la mirada. ¿Pero qué le he hecho yo?

—Ahora vamos a hacer una ficha de problemas. Quiero que os pongáis por parejas. En los grupos de cuatro vuestra pareja será la que tenéis al lado. No quiero ruido ni movimiento de mesas y sillas. ¿Entendido?

No tengo pareja. Busco a alguien que esté solo antes de que el profe me ponga con Abdel y Kelly. No es por él, es muy agradable. No me fío de ella, eso es todo. Mikel me ve girada y me llama la atención para que trabaje. De acuerdo, lo haré sola. Leo el primer problema.

“Mi amigo Eduardo vive en Nueva York. Cuando allí son las ocho de la mañana, aquí son las tres de la tarde. Si le llamo a las seis de la tarde, ¿qué hora es allí?”

Me recuerda tanto a Martina que mis ojos vuelven a humedecerse. Parpadeo rápido para evitar que las lágrimas salten al papel. Frente a mí tengo a Abdel, absorto en la tarea. Sin embargo, en el grupo de al lado se encuentra Ángela, pendiente de todo lo que sucede en la clase. Pendiente de mí. De mis ojos. Me sonrío. Pero es una sonrisa que oculta algo desagradable. Lo presiento. Levanta la mano. Me temo lo peor.

—Mikel, Silvia está sola. Su amiga se ha ido a Perú con su familia y no va a volver.

¿Para qué da tantos detalles? Hago un llamamiento a los inventores del mundo. ¿Qué tal si creáis un láser ocular para dejar K.O. a Ángela? Nadie notaría que lo llevo. Solo una mirada y Ángela se echaría una buena siesta en clase.

—Silvia —dice Mikel—, ¿por qué no me lo has dicho antes? Vamos a ver qué hacemos...

Mientras busca en un grupo y en otro, yo cruzo los dedos por debajo de la mesa. Ojalá me deje trabajar sola.

—Marc, ¿tú también estás solo, no? ¡Pero bueno! —Tono enfadado—. He dicho que era un trabajo por parejas. La próxima vez avisad antes. Ya hemos perdido cinco minutos. Ahora, Silvia, coge tus cosas y siéntate con él.

Bueno, por lo menos me alejo de Ángela. Aunque no sé si es mejor o peor, seguro que sigue observándome desde la distancia.

Marc tiene TDAH y no puede parar de hacer ruido con los bolígrafos. Me siento a su lado en silencio. Él no me mira, está haciendo los ejercicios. Los profesores creen que trabajar en parejas es trabajo cooperativo. Sin embargo, solo compartimos espacio. Cuando uno de los dos no sabe hacerlo, le copia al de al lado.

Miro la hora. Son las nueve menos cuarto. Qué suerte, Martina aún duerme. Quedan veinticinco minutos para acabar la clase. Creo que se me va a hacer muy larga la mañana.

A segunda hora toca música. No sé quién hace los horarios, pero se agradece tener una sesión tranquila después de matemáticas. Hemos escuchado diferentes violinistas y los hemos clasificado por etapas históricas. La profesora, Marian, es maravillosa. Tiene una paciencia infinita, incluso con Ángela, que se niega a tocar cualquier instrumento por si se le rompen las uñas. Su padre es el jefe de la policía municipal de la ciudad, así que no teme suspender. No encuentro la relación entre ser policía y que tu hija no quiera estudiar, la verdad, pero si a ella le vale, prefiero no opinar.

Al no tener pareja me ha tocado trabajar con Lucas, el guaperas y deportista de clase. Es el mejor jugador de fútbol del instituto. Juega en el Osasuna y tiene un futuro prometedor. Dicen que a Ángela le gusta Lucas, pero nunca se le acerca. No los he visto hablar en el mes y medio que llevamos de curso.

Marian ha indicado que cerremos los chromebooks y en menos de diez segundos ha tocado el timbre. Con ella nunca salimos tarde, parece la dueña del tiempo.

La salida al patio es un caos. Ruido, los pasillos anegados de gente... y yo. Sola entre ellos. Es raro sentirse tan sola rodeada de tantas personas. Si me hubieran preguntado hace una semana si es posible sentirse así, mi respuesta habría sido un no rotundo. Ahora no puedo decir lo mismo. Los grupos desaparecen poco a poco y me dirijo al baño. Al abrir la puerta me encuentro con cuatro chicas dentro. Me dan seguridad. Charlan sin cesar mientras yo me meto en uno de los baños. De repente callan. No se han marchado, porque no he escuchado la puerta. Tampoco ha venido nadie. Cuando termino de hacer pis, tiro de la cadena y abro la puerta. No me gusta lo que veo. ¿Ángela tiene superpoderes y atraviesa paredes? De ser así, entendería su poco miedo al suspenso. Puede colarse en los departamentos y cambiar las notas de los profesores a su favor.

—Hola, Silvia —dice mientras se dirige hacia mí caminando lentamente con una sonrisa falsa pintada en los labios.

Mis ideas fantasiosas desaparecen de mi mente y me pongo alerta.

—Hola, Ángela —respondo más por educación que por ganas.

—Sigues triste por lo de Martina, ¿verdad?

Afirmo con la cabeza. No sé qué me quiere decir y no me fío ni un pelo de ella.

—A mí cuando estoy triste se me quitan las ganas de comer. ¿A ti también te pasa?

Oh, no. Pregunta trampa. Tic, tac, tic, tac, el tiempo corre y mi mente se ha quedado completamente bloqueada, paralizada, como si me hubieran congelado la cabeza.

—A veces.

Respuesta comodín. La líder de las *vips* frunce el ceño. Creo que no le gustan los comodines.

—¿Quieres decir que ya no estás triste?

—No, no es eso.

—Si estás triste no tienes hambre,

—Puede...

—Entonces, dame tu bocadillo.

Se gira mirando al corrillo de chicas que se ha montado sin darme cuenta.

—Todas sois testigos de que ha querido darme su bocadillo. Quien diga lo contrario miente. —Pausa reflexiva. Nadie se atreve a añadir nada más—. En el fondo te estoy haciendo un favor. ¿Sabes que si comes estando triste o nerviosa te sienta mal la comida? Lo vi en un vídeo.

Seguro que se refiere a las redes sociales, pero yo no tengo. Mi madre dice que soy demasiado joven. Así que no sé de qué me está hablando.

—Venga, dámelo, que solo tenemos veinte minutos de patio y comer rápido engorda.

Saco el bocadillo del bolsillo y se lo entrego. Le quita el envoltorio de tela y lo tira al suelo.

—Ay, se me ha caído.

Me agacho a recogerlo, pues lo necesito para mañana. Le diré a mi madre que lo lave antes, el suelo del baño no está muy limpio que digamos. Ángela abre el bocadillo, quiere saber de qué es, y me mira con cara de pocos amigos.

—¿Lomo embuchado? ¿En serio, Silvia? No me gusta.

Lo tira al suelo y no puedo evitar soltar un “¡no!”. Ella me dedica su sonrisa maléfica, se da la vuelta y sale como si no hubiera pasado nada. Me agacho de nuevo a recoger el bocadillo y lo tiro en la primera papelera que veo. Antes de marcharme del baño me miro en el espejo. Me siento tan triste y vulnerable, que no me importaría si me tragara la tierra ahora mismo.

—¿Hay alguien dentro? —gritan desde fuera.

—¡Sí! —contesto mientras me dirijo hacia la salida.

Cuando abro la puerta veo a Marian, la profesora de música.

—Hola, Silvia. ¿Qué hacías tanto tiempo en el baño? Se va a terminar el recreo sin comerte el almuerzo.

—Ya me lo he comido.

—¿En el baño? —pone cara de asco—. No me parece el lugar idóneo donde comer, la verdad. ¿Seguro que has traído almuerzo? Tengo una bolsa de tortitas en la clase de música. ¿Quieres venir conmigo? Quedan solo ocho minutos de recreo.

Me mira con tanta dulzura que mi cabeza asiente sin darme cuenta. Nos cruzamos por el pasillo con algunos profesores que me miran con cara de pena, seguramente creen que estoy castigada. Lo que me faltaba.

Me encanta la clase de música. Es pequeña, pero es tan diferente... En la parte de la derecha hay un órgano negro acompañado por cinco guitarras clásicas. Son mis instrumentos favoritos. Marian nos dijo que aprenderemos a tocar el ukelele, que es más sencillo que la guitarra. Saca del cajón de la mesa del profesor una bolsa de tortitas con chocolate y me ofrece una. La cojo gustosa, me apetece más el chocolate que el lomo embuchado. Recuerdo la cara de Ángela cuando ha visto el lomo, ha arrugado tanto la nariz que parecía un cerdo. Se le caería la baba si ve lo que tengo ahora para almorzar. Absorta en mis pensamientos, no me doy cuenta de que Marian se ha sentado frente al órgano y que ha empezado a tocar una canción preciosa: *mal du pays*. La vibración de la música accede por los poros de mi piel y acunan mi delicado corazón. La música es mágica. Hace que olvide que estoy en el instituto, que mi mejor amiga está a miles de kilómetros e incluso que sea la hora de regresar a clase. El timbre ha debido sonar entre el tercer o cuarto pentagrama de la partitura y ni Marian ni yo nos hemos dado cuenta.

Se ha abierto la puerta del aula de un golpe sordo y han empezado a entrar alumnos,

como si de una manada de mamuts se tratara. Marian ha mirado al reloj y ha abierto los ojos de par en par.

—¡Tengo guardia! ¡Di que estabas conmigo para que no te pongan retraso! —ha dicho alzando la voz sobre el ruido que se ha generado.

Hemos salido de la clase entre empujones con los alumnos que luchaban por entrar los primeros para coger sitio y cada uno se ha dirigido hacia un lado. No he tenido tiempo de agradecerle su ayuda. Ahora toca Geografía e Historia y no me apetece dar explicaciones.

El pasillo está desierto y silencioso. Subo al segundo piso y paso de puntillas por el aula de trabajo y la sala de profesores. No quiero que me vean llegar tan tarde a clase ni que los profesores crean que me han expulsado. Escucho ruido dentro de la sala de expulsados. No puedo creer que haya alguien tan pronto. Ojalá sea Ángela. Lo pienso con una sonrisa en la boca.

—Llegas tarde.

Una voz me obliga a detenerme en mitad del pasillo. Es el conserje.

—He estado en clase de música con la profesora.

—Ya, claro. ¿Sabes cuántas veces me la han intentado colar hoy?

No sé calcularlo ni si debería responder, así que espero a que me suelte el discurso para llegar a mi destino. A este paso, se va a terminar la sesión de Biología.

—Sé que os cuesta adaptaros a las normas del instituto, pero llevamos un mes y medio de clase y aún no sabéis llegar puntuales, salir a las taquillas a su hora ni que solo se puede ir al baño en el recreo. No son tantas normas, digo yo. En mis años había más mano dura. Se ha perdido todo el respeto. Tanto móvil y tanto internet, tendré que hacer un vídeo de esos que veis vosotros para que me hagáis caso.

Seguro que cualquier cosa que diga lo usa en mi contra, así que le miro sin pestañear esperando que me deje seguir mi camino.

—Venga, vete a clase. Y que no se repita. Ay, está juventud de hoy en día, dónde vamos a llegar.

Toco la puerta con los nudillos y accedo al interior del aula. El profesor levanta la cabeza esperando una explicación.

—Perdón por llegar tarde. He estado con Marian.

Carraspea antes de hablar.

—¿Marian? ¿Quién es Marian?

Se me olvidaba. Hay tantos profesores en el instituto que no se conocen entre ellos. Si mal no recuerdo, Teresa nos dijo que eran algo más de ciento veinte.

—Marian, la profesora de música.

—De acuerdo. Puedes sentarte.

Me dirijo a mi silla. Los alumnos están trabajando en parejas —otra vez— y yo me encuentro sola.

—Siéntate con Paula. Ella te explicará el trabajo que estamos haciendo.

¿Otra vez? Paula no me ha dirigido la palabra aún. Ni siquiera sé si habla con algún compañero de clase. Genial. Martina, no sabes cuánto te echo de menos.

No puedo creer que por fin haya tocado el timbre. Recojo rápido y subo la silla a la mesa. La luz del aula disminuye poco a poco. Me doy la vuelta y veo a la profesora bajando las persianas. Soy la última en salir de clase. Lo prefiero así. No me gustan las multitudes y las escaleras del instituto se llenan de gente a la hora de salir. Para entrar a clase suben despacio y en pequeños grupos. En cambio, en la salida, se amontonan. Adelaida nos dijo el primer día que “el autobús no espera”, así que bajo las escaleras de dos en dos centrada en no caerme.

Cruzo rápido el patio y llego a la zona de autobuses. Hay más de diez. Busco el mío y respiro hondo antes de subir. Si me daba pereza venir al instituto, ahora me da más montarme en el autobús. Adelaida, las *vips*... no me apetece ver a nadie.

—¡Estábamos a punto de irnos! —grita la cuidadora a mi espalda.

Me giro asombrada. Al subirme no la he visto. ¿De dónde ha salido? Me siento esperando a Paula, pero no llega y el conductor acaba de cerrar las puertas. Hago memoria. ¿Paula estaba en clase a última hora? No estoy segura. A veces parece invisible. Quizá hayan venido sus padres a buscarla porque estaba enferma. Miro hacia atrás para asegurarme de que no está y mis ojos chocan con los de Ángela. Me observa fijamente y no entiendo la razón. ¿Qué le he hecho yo?

A pesar de ir sola, el viaje pasa rápido. En media hora estoy en casa. Dejo la mochila en la entrada y me dirijo a la cocina. Mi estómago ruge por el hambre que tengo. Mañana no pienso darle mi bocadillo a la *vip*, se ponga como se ponga. Abro el frigorífico y busco la comida de hoy. Lentejas con chorizo. Me encantan. Las caliento en el microondas y me siento a comer. Mis padres llegan un poco más tarde y mi hermano a las tres y media. Me meto la primera cucharada en la boca y grito. Me he quemado la lengua. Corro a beber agua fría. Cuando se me pasa, enciendo el móvil. Martina ya se ha despertado, tal vez me haya escrito con su nuevo número. Mi teléfono tarda en activarse. Me lo dio mi padre cuando se compró uno nuevo y se le notan los años. Mientras espero, pruebo las lentejas. Ya se han templado. No llega ningún mensaje. Noto cómo mi estómago se resiente y no es por la comida. Es la pena la que se ha instalado en él. Me levanto para calentarme la merluza y se me ocurre que podría escribirle un correo electrónico. Quizá en Perú también trabajen con chromebooks en el instituto y pueda verlo. Esta nueva idea me alivia un poco la tristeza.

Estoy metiendo los platos en el lavavajillas cuando escucho abrirse la puerta del garaje. Mi madre sube las escaleras lentamente, seguramente ha hecho la compra y llega cargada.

—¡Silvia! ¿Qué tal el día? —pregunta mientras deja las bolsas sobre la encimera y empieza a sacar la compra.

No sé qué contestar.

—Seguro que ya has hecho nuevos amigos, con lo sociable y simpática que tú eres.

Me quedo en blanco.

—Cuando quieras quedar con tus nuevas amigas me avisas y te llevo donde sea.

Mi madre tiene demasiadas expectativas. Quizá cuando ella tenía mi edad las cosas fueran diferentes. Ahora no es tan fácil hacer amigos.

—¿O prefieres invitarlas a casa? Te puedo hacer un bizcocho después de comer.

Si mi madre me mirara la cara de angustia que tengo, se le caería lo que tiene entre sus manos y dejaría de hablar, pero no lo hace. Sigue sacando la compra y ordenándola. Vuelve a sonar la puerta del garaje. Ahora el que llega es mi padre. No quiero escuchar más sermones.

—¿Qué tal el día? —pregunta mientras ayuda a mi madre.

—Bien. Sin tiempo ni para almorzar. Tenemos muchísimo trabajo esta semana — responde ella.

—¿Y tú, Silvia?

Ya estamos otra vez.

—¿No tienes nada que contar? —pregunta mientras llena la jarra de agua.

Respiro hondo.

—Bastante bien, la verdad.

—Me alegro muchísimo. ¿Has hecho nuevos amigos?

Ya estamos con la burra a brincos. ¿No pueden ser más originales?

—Sí, tengo una nueva amiga.

Me ha costado pronunciar la mentira, pero ahí está. Es lo que quieren oír, ¿no? Pues ya lo tienen. El timbre me salva de seguir dando explicaciones falsas. Es mi hermano. Necesito un extra de paciencia para aguantarlo hoy. Sube las escaleras corriendo, parece que viene una manada de caballos en lugar de un niño de diez años. Deja la mochila donde le parece y saca la agenda.

—He sacado un ocho en inglés, un siete y medio en lengua y un nueve en matemáticas. Tengo de tarea la página veinte de ciencias y una redacción. ¿Sabéis qué me ha pasado hoy?

—No —respondemos todos a la vez.

—Eva, la profe de lengua, me ha sacado a la pizarra a hacer un dictado yo solo.

—¡Qué guay! —contesta mi padre.

No entiendo cómo se emocionan con chorradas tan grandes. Supongo que conmigo también lo harían, pero no me acuerdo. Es como cuando ven un bebé, que le sacan la lengua y le hablan como si fuera tonto “pero qué guapo eres, qué grande estás, qué ojazos tienes”. A mí no me sale hablar así. Yo veo un bebé y lo observo, sin decirle nada. ¿Cómo voy a hablarle si él no me puede responder? Si alguien grabara la cara de mis padres cuando actúan así y se vieran, seguro que no lo harían más.

Mi hermano sigue contando todo lo que ha hecho en el colegio. Tiene madera de periodista, por no decir directamente que es un pesado. Lo cuenta todo y con muchísimos detalles, además. Sus charlas son interminables. Mis padres lo miran emocionados y yo me siento más sola aún. Subo arriba, por si no te lo he dicho antes, vivo en una casa de pueblo de varios pisos. Me encierro en mi cuarto y la pena se ceba conmigo. Veo el diario que me regaló la tía Ana y decido abrirlo y escribir algo, a ver si funciona y me calma.

“Te echo mucho de menos, Martina. Desde que me despierto hasta que me acuesto. El instituto no es lo mismo sin ti. Las *vips* la tienen tomada conmigo desde que no estás. Ya las conoces, van a por los débiles. Yo no soy una chica débil, pero sí diferente. Voy a mi rollo. No me pinto las uñas ni me visto como ellas. ¿Y qué hay de malo? Si todas fuéramos iguales, la vida sería un rollo (palabras de la tía Ana). Imagínate si solo nos pusiéramos vaqueros negros y jerseys de rallas. El resto de la ropa no se vendería y sería difícil reconocernos.

Paula se ha sentado conmigo en el autobús y en clase también he tenido que trabajar con ella. Apenas me había fijado en ella hasta ahora. No me ha dirigido la palabra, así que imagínate cómo es trabajar con alguien que no te contesta. Es como hablar con la pared. Me gustaría saber

qué le sucede, por qué es así. Espero averiguarlo pronto.

He mentido a mis padres. Me han preguntado si había hecho amigos nuevos, como si fuera tan fácil... Se nota que no van al instituto. Hay una chica árabe nueva en clase, me sonrío. No sé si es porque le caigo bien o porque no sabe español y es su única manera de comunicarse. Genial. Paula no me habla y la árabe no sabe. Me he acercado a gente con la que no puedo conversar. Así que sigo sintiéndome tan sola como antes, o más”.

Cierro el diario antes de que las lágrimas lo estropeen. Decido ducharme. “Cuando las emociones te superen, date una ducha caliente. El agua recoge tu malestar y lo tira por la alcantarilla”. Otro de los consejos de la tía Ana, que además de poeta es psicóloga. ¿Se le nota, no? Cojo ropa limpia y me encierro en el baño.

—Silvia, ¿estás en el baño?

Mi madre llama a la puerta cuando estoy a punto de meter el pie en la ducha.

—Sí, mamá, me voy a duchar.

—Vale. Tu padre ha ido a la gasolinera a limpiar el coche y yo voy a la biblioteca a dejar los libros con tu hermano. Te quedas sola. ¿De acuerdo?

—Sí.

Estoy empezando a odiar la palabra “sola”. Parece que me persigue. “Estás sola”, “te quedas sola”, “me siento sola”... El agua caliente resbala por mi cuerpo y las palabras de la tía regresan a mi mente. Espero sentirme mejor al salir de la ducha. Renovada, limpia, tranquila, enérgica. Me enjabono el pelo y el olor a frutas del champú me relaja. Me encanta su aroma.

Una vez fuera, me seco el cuerpo y lo embadurno en crema hidratante. La tía tiene razón. El efecto de la ducha se nota. Me siento algo más optimista hasta que miro mi reflejo en el espejo y mi mundo vuelve a bloquearse. ¡No me veo el estómago! ¿Cuándo me ha sucedido esto? Ascendo para comprobar que mi cara permanece intacta. ¡Menos mal! Cuando regreso al estómago, su contorno sigue invisible. ¿Qué me está pasando? Me llevo las manos a la tripa y puedo notarla, pero no la veo.

—¡¡¡Ah!!!

Mi grito ha debido escucharse en medio pueblo, pero no me importa. Lo único que quiero es que mi estómago reaparezca. ¿Alguien me está gastando una broma? ¿Hay alguna cámara oculta?

—¡¡¡Ah!!!

No puedo creer que esto me esté sucediendo a mí. Me niego a creerlo. Me pongo la camiseta rápido y cruzo los dedos para que las cosas vuelvan a su ser lo antes posible. Escucho el sonido del móvil. Acaba de llegarme un mensaje. Ojalá sea Martina. Necesito hablar con alguien lo antes posible. No para contarle esto que NO acaba de suceder, sino para desahogarme, en general. Desbloqueo la pantalla del móvil. Es mi madre: “¿Quieres que te coja algún libro de la biblioteca?”. ¿En serio? Porque se me ocurren unos cuantos: “la chica invisible”, “cómo ser invisible y no morir en el intento”, “ahora te veo y ya no”, “el extraño caso del estómago invisible”... Me los he inventado, claro. No soy tan friki como para conocer todos los títulos de los libros de la biblioteca. Respondo con un escueto “no” y sigo con mi pequeño o gran problema, depende de por dónde se mire y si se ve. ¡Ah!

Me pongo la música a tope en mi habitación y bailo hasta caer rendida sobre la cama. El día de hoy ha sido un espejismo. Seguro que mañana las cosas mejoran. Porque no pueden empeorar más, ¿no?

“La tía Ana me dijo que hay dos tipos de personas: las introvertidas y las extrovertidas. Las introvertidas son las que necesitan estar solas o con poca gente para estar bien y las extrovertidas son las que necesitan rodearse de gente. Me dijo que soy introvertida. Prefiero pasar la tarde dibujando o bailando en mi cuarto que en la calle. Eso me llena más que el contacto con la gente. Por eso solo tengo una amiga. Eso sí, es mi MEJOR amiga. Y ya no está”.

Cierro el diario. Me he despertado pronto de nuevo, impaciente y nerviosa por saber si mi estómago sigue siendo invisible. He querido escribir algo primero, como si fuera un ritual, como si empezando el día igual que ayer la anécdota del estómago desapareciera de mi vida. ¿He dicho desaparecer? Bueno, ya me entiendes.

Lo primero que hago es tocarme la tripa con las manos. La siento. Lo segundo es plantarme frente al espejo y levantarme la camiseta lentamente. Paro al llegar a la altura del estómago. No estoy preparada para verlo. Me faltan agallas. Además de introvertida soy algo cobarde, ¡qué le vamos a hacer! Tengo una idea. Voy a vestirme frente al espejo y cuando me quede desnuda, me miraré de reojo. Me quito el pijama rápido y me pongo las mallas de deporte, hoy toca Educación Física. Cojo la camiseta blanca (obligatoria para la clase) y miro de soslayo mi reflejo.

—¡No!

Mi estómago sigue desaparecido. ¿Qué me está pasando? ¿Se verá lo que como? ¿Qué puedo hacer en el vestuario cuando me tenga que cambiar de camiseta?

—¡No! —grito de nuevo.

Mi madre entra en la habitación sin avisar. Le he dicho mil veces que toque la puerta, que puedo estar desnuda o casi, como ahora, y que no quiero que me vea así. Ella se ríe, pero a mí no me hace ni pizca de gracia. Me tapo como puedo.

—Silvia, ¿has gritado? ¿Te pasa algo?

No puedo contarle lo que sucede. Más que nada, porque no quiero que me internen en un psiquiátrico ni que me lleven los científicos para experimentar con mi invisibilidad. ¡Qué palabra más larga!

—Me duele la cabeza, solo es eso. Me dan pinchazos aquí arriba. Creo que estoy mala y que es mejor que no vaya al insituto.

Ella sonrío. ¿En serio? ¿No se preocupa? Se sienta en la cama y su boca vuelve a dibujar una pequeña y dulce sonrisa.

—Silvia, sé que te sientes mal porque Martina no está, pero no puedes quedarte en casa esperando a que se te pase. Todo lo que te sucede es normal. No tienes que preocuparte por nada. Con el tiempo será más fácil.

¿Que todo lo que me sucede es normal? Voy a buscar en *Google* cuánta gente ha perdido partes de su cuerpo de manera repentina.

—¿Te ha escrito Martina? Quizá haya comprado ya una tarjeta para el móvil. Y si han puesto internet en su casa, podéis hacer una videollamada..

—Su poblado no tiene antena de internet. Allí las cosas son muy diferentes, mamá. Dijo que comprarían una tarjeta para su padre y que me llamaría cuando encontrara un punto con cobertura.

Recordarlo me duele. Siento la molestia en el estómago. Quizá haya desaparecido porque no puede soportar más dolor.

—Ahora termina de vestirme. Esas mallas te quedan fenomenal.

Sé que lo dice para halagarme, pero no funciona. De repente noto su mirada fija en mi tripa. Miro hacia abajo y veo que al relajarme he dejado de taparme.

—¿Mamá, qué te pasa? —A veces es mejor hacerse la despistada y preguntar.

—Nada, cariño, me he quedado absorta, pensando en mis cosas.

Buf, menos mal. A ver cómo me explica que esto es normal y que con el tiempo mejorará. No se lo cree nadie.

—Tengo frío. Creo que me voy a poner una camiseta interior por debajo de la blanca.

—Sí, han bajado las temperaturas. Si seguimos así, habrá que empezar a poner la calefacción. Voy a despertar a tu hermano para que no se le haga tarde. ¿Quieres unos muffins de arándanos?

Se me hacía raro que no me ofreciera alguna pieza de su repostería.

—No tengo hambre. Tomaré un zumo de naranja y me iré.

Mi madre afirma con la cabeza y sale tarareando una canción que desconozco. Cuando está contenta pregunta menos. Es buena señal. Abro el cajón y saco un body negro de tirantes. Así podré disimular. Si nos toca hacer el pino o alguna voltereta y se me levanta la camiseta, se verá mi cuerpo negro. Es lo mejor que he podido improvisar a las siete de la mañana. ¡Qué pereza ir al instituto tan pronto! Me gustaba más el horario del colegio, de nueve a dos.

Bajo las escaleras rápido. Mi madre me ha preparado el zumo. Lo bebo en cuatro tragos grandes. Me encanta. Cojo una manzana amarilla y poco apetecible para almorzar. Si Ángela me pide el almuerzo, no creo que quiera comérsela. Hablando de manzanas, si fuera fácil envenenarla...

El trayecto al autobús se me hace largo. No me apetece montarme de nuevo. Mi pueblo es de los últimos de la ruta y quedan pocos sitios libres. ¿Se montará Paula? ¿Se sentará conmigo? No es que me haga especial ilusión, pero llevo mal el hecho de ir sola en el autobús. Es lo que más me recuerda a mi nuevo estado.

Al llegar a la parada veo una chica joven en la puerta. ¿Una alumna nueva? Me acerco y veo que lleva la lista de alumnos en la mano. Falsa alarma. Es una cuidadora. ¿Y Adelaida?

—Buenos días, tu nombre es...

—Silvia Martínez.

—Yo soy María, la nueva cuidadora.

—¿Adelaida no va a volver?

—Está enferma, no sé cuándo regresará.

Tengo la sensación de que hoy será un buen día. He solucionado el tema del estómago y del almuerzo, no está la cuidadora malhumorada... Solo necesito una cosa más: que Ángela no aparezca.

—Silvia, ¿qué tal llevas el luto?

Mi abuela solía decir: “hoy es un día maravilloso, seguro que viene alguien y lo jode”. No tengo nada más que añadir. Ni siquiera me giro para ver su cara. Sé que es Ángela y que se ha levantado con ganas de fastidiar. ¿Nunca se pone enferma? Hago un llamamiento a todos los virus del planeta: ¡venid a por ella!

—Silvia, chica, no te enfades. Todos sabemos lo triste que es que te abandonen como a un perrito. ¡Eh! —Levanta las manos para captar la atención de todos—. La familia perroflauta abandona a su perrito para regresar a su país. Me gusta como titular para la revista del instituto.

—Oye —le llama la nueva cuidadora—. ¿Quién te ha enseñado a hablar así? No voy a tolerar faltas de respeto en el autobús.

—No puedes echarme —responde, en lugar de callar su preciosa boca.

—¿Quieres probar? —María no se amilana.

—Mi padre es el jefe de policía de Estella. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo. Yo soy la cuidadora del autobús. Máxima autoridad en el trayecto hasta Estella. ¿Lo entiendes? Ahora pide perdón.

—Bueno, tampoco hace falta —añado para evitar quedarme sin almuerzo otra vez.

—¡Cómo que no! No soporto las faltas de respeto ni los insultos. —Mira su reloj—. Uy, qué tarde se nos ha hecho. Sentaros juntas y lo habláis. No os bajaréis del autobús sin haberlo arreglado, ¿entendido?

Fulminamos con la mirada a María. ¿Cuánto va a tardar Adelaida en curarse? Ahora echo de menos a dos personas, el día no es tan maravilloso como pensaba. Subo al autobús detrás de Ángela. De pronto se gira y me susurra:

—Dile a la nueva que me has perdonado o le digo a toda la clase que te gusta Marc.

Mi cuerpo y mi mente se paralizan. Tanto, que se crea un enorme tapón en mitad del pasillo del autobús. Veo caras a mi alrededor y bocas moverse, pero no puedo reaccionar. ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Qué he hecho yo?

—¿Me has entendido?

Alguien me agarra del brazo. Es María.

—¿Qué hacéis paradas en mitad del pasillo?

Conecto con el mundo poco a poco. Parece que estoy despertando de un sueño.

—He dicho que os sentéis juntas para arreglarlo. ¿Te ha pedido perdón?

Trago saliva mientras mi corazón late a toda velocidad. Tengo que decir que sí, pero me cuesta. No me gustan las mentiras. María me indica que me siente y ella lo hace a mi lado. El autobús ha arrancado camino al instituto.

—¿Todo en orden?

Afirmo con la cabeza. Mi boca es incapaz de articular ni una sola palabra. Ángela sigue caminando hacia la parte trasera para sentarse con sus amigas y yo lo hago en el mismo sitio que ayer, sola. Si el teletransporte existiera, podría abrazar a Martina. Me acurruco en mi asiento, cruzo los brazos sobre mi pecho y cierro los ojos imaginando que nos abrazamos y que está conmigo.

—¿Qué haces? —me pregunta una voz completamente desconocida.

Ha debido pasar tiempo, porque cuando abro los ojos la gente se está bajando del autobús. Miro hacia mi izquierda.

—¿Por qué te sientas así?

Es Paula quien ha hablado. No me lo puedo creer. ¿Qué puedo responderle? Desconozco la explicación y es la hora de abandonar el autobús. ¿Qué le digo? ¿Luego hablamos? Está claro que conversar no es su fuerte.

Estoy muy incómoda. Me miro las manos constantemente, por si desaparecen y no me doy cuenta. El resto del cuerpo lo tengo cubierto por ropa y la cara no me la puedo mirar. Cada vez que noto que alguien me observa, me pongo nerviosa. De todas formas, la que está más atenta es Ángela, como siempre, y aún no ha gritado. Eso me indica que sigo siendo visible.

Hemos salido al patio a jugar un partido de fútbol. El profesor de Educación Física, Alejandro, ha dicho dos números al azar. Les ha tocado a Marc y a Hamza. Ellos son los responsables de crear los dos equipos. Nombran compañeros por turnos. Primero escogen a los chicos, no me parece bien, hay chicas que son buenas jugando al fútbol, algunas incluso juegan en el Izarra, el club de la ciudad. El profesor les echa la bronca, pero no hay tiempo de empezar de nuevo. Solo quedamos tres. Escogen a Paula y a Miriam, la chica gordita que apenas corre, antes que a mí. ¿Y si me he vuelto invisible durante un rato y pensaban que no estaba? No lo entiendo. No soy la mejor jugadora de fútbol de la clase, pero no creo que se me dé mal.

Durante el partido corro todo lo que puedo detrás del balón. Grito para que me lo pasen, pero no consigo tocarlo. Al acabar la clase, me dirijo al vestuario y el profesor me llama.

—Silvia, no estás participando como antes.

No me lo puedo creer.

—Recuerda los criterios de evaluación. En los partidos se cuenta la participación activa. Espero que mejores los próximos días. Quedan pocas semanas para terminar la primera evaluación.

Llego al vestuario. Cuando abro la puerta es Ángela —quién si no— la que me hace la pregunta del millón.

—¿Qué te ha dicho el profesor?

Su tono jocosos no me gusta, pero no le respondo. No quiero más problemas.

—¿Te ha dado el pésame?

“Silvia, tranquila, respira hondo”, me digo a mí misma imitando lo que veo en las películas.

—Estoy agotada de tanto correr. ¿Habéis visto el gol que he metido? —Ángela da una patada al aire y grita de alegría.

—¿Has metido un gol? Solo he visto el de Marc —le responde Kelly.

—Bueno, ha sido él, pero gracias a mi pase. ¡Qué envidiosas sois! ¡A ver cuando metéis vosotras uno! Cambiando de tema, este finde celebro mi cumpleaños. Os he traído las invitaciones.

La líder de las *vips* saca un sobre violeta de la mochila y se dedica a nombrar a sus amigas primero y después a cuatro chicas más de clase. Como te imaginarás, la árabe nueva, Miriam y yo nos quedamos sin invitación. Ángela se nos acerca con cara de pena. ¡Cómo le gusta fingir!

—Mi madre solo me deja invitar a diez personas. Ha encargado comida para once. No tenemos mucho sitio en casa. Igual el año que viene os puedo invitar a vosotras también.

No es que me muera por ir a su fiesta de cumpleaños, pero me hubiera gustado que me invitara, igual que a las demás. ¿Cómo voy a hacer amigas si me ignoran de esta manera? Ni siquiera han intentado conocerme. No me considero una chica rara, pero ¿y si lo soy y no me he dado cuenta?

¿Qué es ser raro? ¿Cómo sería no serlo? ¿Cómo es Ángela? A mí me gusta como soy y no quiero parecerme a ella. Inmersa en mis pensamientos, no me he dado cuenta de que se han marchado todas y aún no me he cambiado. Miro el reloj. Son las doce y trece minutos. Un poco tarde, pues el patio empieza a las doce y cuarto. ¿Estarán esperándome fuera? ¿Por qué no ha venido Alejandro a decirme que salga? Me cambio en tiempo récord y al bajar el picaporte de la puerta me doy cuenta de que no se abre. Me han dejado encerrada.

—¡Abridme! —grito con todas mis fuerzas mientras golpeo la puerta.

Lo hago durante al menos diez minutos. Suena el timbre de salida al recreo. Ya es tarde. Con el alboroto que hay en el patio es imposible que me oigan. Vuelvo al vestuario y me desabrocho el body. Mi ombligo sigue visible. Asciendo poco a poco y no me gusta lo que veo. La invisibilidad aumenta paulatinamente. Ahora asciende hasta el cuello y se detiene a ras de la camiseta. Buf, salvada por los pelos. Esta tarde buscaré una bufanda y la meteré en la mochila. No quiero que me vean sin cuello.

Mientras espero, me como la manzana. Qué suerte que Ángela no me haya quitado el almuerzo hoy, aunque me apetece más un bocadillo. Es más saciante y me llena hasta las tres que llego a casa.

A las doce y treinta y cinco suena el timbre de regreso a las clases. ¿Y si nadie tiene Educación Física en las dos últimas horas? ¿Me quedará aquí hasta el día siguiente? ¿Alguien se acordará de mí? Quiero decir, ¿cómo me encontrarán mis padres? ¿Cómo regreso a casa? El corazón me late cada vez más rápido y siento que me cuesta respirar. Necesito salir de aquí ya. No aguanto más. No me gusta sentirme atrapada. Me estoy agobiando tanto que ni siquiera escucho las llaves que abren la puerta. De repente veo la cara de Alejandro frente a mí. Mueve la boca, pero no lo escucho. Veo borroso. Creo que me voy a desmayar. En menos de diez segundos todo se vuelve negro a mi alrededor. Siento que unos brazos me sujetan y desplazan mi cuerpo, pero no sé si lo estoy soñando. No quiero que me levanten la camiseta. Que no me lleven al médico, por favor. Intento abrir la boca, pero no me salen las palabras.

He perdido la noción del tiempo. Cuando despierto en la enfermería del instituto, veo a mi tutora Teresa y a Alejandro frente a mí. Sonríen. Parecen aliviados.

—Perdóname, Silvia. Ángela me ha dicho que no quedaba nadie en el vestuario.

No había pensado en ella, la verdad, pero tampoco me sorprende.

—No se habrá dado cuenta de que estabas. Menos mal que te encuentras bien. Menudo susto nos has dado.

¿He sido yo la que les he dado el susto? ¿En serio? ¿Y el que me he llevado yo, qué, no importa? A pesar de abrir la boca, me cuesta articular las palabras. Además, la tengo seca. Miro a mi alrededor buscando un grifo o botella para señalar lo que necesito. No lo encuentro. Venga, Silvia, me digo a mí misma, inténtalo.

—Agggguuuuuuu.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Alejandro.

No sé si podré repetirlo.

—Creo que quiere agua —responde Teresa, mi heroína en estos momentos.

—¿Te quedas con ella? Voy a la sala de profesores.

Teresa asiente y el profesor sale disparado. Mi tutora se sienta a mi lado en la camilla y me coge de la mano. Siento el calor que me transmite la suya. Aunque me hayan tapado con una manta, estoy destemplada.

—Silvia, ¿te encuentras mejor? Hemos llamado a tus padres y llegarán enseguida.

Vaya. Yo intentando pasar desapercibida en el mundo y la que se ha montado sin darme

cuenta. Culpable número uno Ángela, por supuesto. ¿Por qué me prestan tanta atención a mí? Es ella la que debería explicar por qué me ha dejado encerrada. Y no me vale que ponga cara de corderito y que diga que ha sido sin querer. No me lo creo. Nada y cuando digo nada es NADA de lo que hace Ángela es sin querer.

—¿En qué estás pensando? —pregunta mi tutora.

No respondo. Me limito a alzar los hombros.

—Sé que las cosas no son las mismas, que tu amiga no está y que te sientes sola, pero todo eso va a cambiar. Pronto harás nuevos amigos y volverás a sonreír. Confía.

¿Estoy viendo a Teresa o a mi madre? Conozco el discurso, pero no me ayuda en absoluto. Se me humedecen los ojos. No quiero llorar.

—¿Estás mejor?

—Sí. —Miento, aunque es una mentira piadosa.

—Me alegro. ¿Qué tal con Ángela? Seguro que no se ha dado cuenta de que estabas en el vestuario. Luego hablaré con ella.

¿Por qué la justifican?

Alejandro aparece con el vaso de agua. ¡Ya era hora! Me lo entrega y al cogerlo me doy cuenta de que me están desapareciendo las muñecas y quizás también los brazos. Genial. Necesito meter una bufanda y unos guantes en la mochila, para disimular.

Justo cuando acabo de beberme el vaso de agua llegan mis padres y la conserje. Mi madre se abalanza sobre mí, preocupada.

—¿Pero qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Se ha quedado encerrada en el vestuario de chicas y se ha agobiado. Ha sufrido un leve desmayo. Yo no me preocuparía, pero si os quedáis más tranquilos, podéis llevarla al médico. —Teresa es dulce y amable incluso con los adultos.

—Gracias, pero nos vamos a casa —contesta mi padre—. Si se vuelve a repetir iremos al hospital. Gracias por todo.

Me ayudan a bajar despacio de la camilla. Ya no me mareo y respiro con normalidad. De camino a casa me quedo dormida en el coche. Eso sí, con las manos en los bolsillos.

Mi padre ha regresado al trabajo y mi madre se ha quedado conmigo. Me he tumbado en el sofá con una manta y hemos puesto la televisión. No hay nada interesante a la una y media del mediodía. Programas que hablan de política y de la subida del precio de la luz, el gas, los alimentos... ¿Quién los ve? Mi madre pasa los canales a toda velocidad en busca de algo más divertido. Al final nos quedamos en una serie repetida de los ochenta: “Cosas de casa”. El protagonista es Steve Urkel, un chico torpe que cada vez que se mete en líos dice: “¿he sido yo?”. No es mi serie favorita. Prefiero alguna más moderna, pero se puede ver.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Sigues teniendo frío? Estás tapada hasta el cuello. Ni siquiera sacas las manos.

“Mamá, no tengo brazos, ¿qué te parece?”, en mi mente suena cómico, pero es una tragedia en toda regla.

—Estoy mejor, pero aún tengo frío.

Otra más para la colección de mentiras.

—Voy a calentarte el saco de semillas. Seguro que te ayuda.

Se dirige a la cocina y pone el microondas. Yo aprovecho para mirar debajo de la manta. Mis brazos son invisibles. ¿Y si me pinto las uñas? Tal vez evite que mis dedos desaparezcan. Cuando me levanto, la manta cae al suelo.

—¿Dónde vas, Silvia?

A mi madre no se le escapa una.

—Al baño.

—Vale. Voy a hacer alubias verdes para comer. Ponte lo que quieras en la tele.

Ahora mi mayor preocupación es detener la invisibilidad. Busco los botes de esmalte de uñas de mi madre en los cajones del baño. Rojo, rosa, morado y al fin el que más me gusta: granate. De mi clase, las únicas que se pintan las uñas son las *vips*, pero esta es una emergencia. Necesito arreglar este problema lo antes posible.

Abro el bote, saco la tapa con el pincel y cuando me dirijo al pulgar me tiembla tanto el pulso que me pinto el dedo en lugar de la uña. Imagínate qué obra de arte puedo crear en mis manos. Voy a llamar la atención más de lo que deseo. ¿Y si pienso en otra opción?

—¿Qué haces tanto rato en el baño?

Mi madre es más sigilosa que un gato y no me he enterado de que acaba de asomarse por la puerta.

—Nada.

Escondo las manos rápido sin reparar en que el esmalte de uñas no está seco del todo. Seguro que me he manchado el jersey. Mal menor. La lavadora soluciona ese problema. Sin embargo, mi invisibilidad va en aumento y no sé cómo pararla.

—Ah, ya veo. ¿Quieres pintarte las uñas?

Era cuestión de tiempo que me pillaran. He dejado los esmaltes de uñas en el lavabo y el que acabo de usar está abierto. Además, hay restos de pintura por todo. Me estoy dando cuenta

de la que he montado y mi madre no grita. Alucino con su paciencia.

—Eh, sí, quería pintarme las uñas, pero ya no.

—¿Te ayudo a quitártelo?

Abro los ojos de par en par. Esa no es una buena idea. Repito: no es una buena idea. No se me ocurre una excusa. Continúo con los brazos cruzados y los dedos metidos en mis puños.

—Venga, saca las manos. ¿Tan mal lo has hecho? Voy a coger el quitaesmalte y un algodón.

Mientras busca en el armario lo que necesita miro hacia el armario. Mis ojos se detienen en un bote que quizá me pueda ayudar: maquillaje. ¿Y si me echo esa crema en las muñecas?

—¿Alguna de tus nuevas amigas se pinta las uñas?

Ya estamos otra vez con el tema. Necesito inventarme una amiga. Un nombre, un lugar donde viva, unos gustos, etc. Podría dibujarla en mi diario. Así, cuando me pregunten sobre ella no tardaré en responder. Sí, eso es lo que voy a hacer en cuanto salga de este embrollo. ¿Y qué nombre le pongo?

—Sí, se pintan las uñas y se maquillan.

—¿Para ir al instituto? ¿O el fin de semana? Yo empecé a los quince años. Sois muy jóvenes aún, ¿no te parece?

Demasiadas preguntas y pocas respuestas. En estos casos es mejor quedarse muda.

—Entonces, ¿se maquillan para ir al instituto?

Ahora entiendo por qué mi hermano es tan cabezón. Lo ha aprendido de mi madre. Una cosa tengo clara: mi madre siempre consigue lo que quiere. No hay quien pueda con ella. Si quiero terminar pronto con esto, es mejor contestar.

—Sí, se maquillan para ir al instituto, pero muy poco.

Respuesta neutral, de las que a mí me gustan. Me mira detenidamente, parece esperar algo que no pienso hacer (sacar las manos). De pronto suena el timbre. Salvada por la campana. Mi madre deja el algodón y el quitaesmalte sobre el lavabo y sale corriendo a contestar. Aprovecho la ocasión para limpiarme las uñas y coger la crema de maquillaje. Se llama BB. En la caja pone que hidrata y da color. Es perfecta. Abro el bote y aprieto. Sale un buen chorro de crema marrón. Quizá el tono sea demasiado oscuro, pero no tengo otra cosa. En el pasillo se escucha a mi madre hablando con la vecina. Me alegra que esté entretenida. Ahora no la necesito. Me extiendo la crema por las muñecas. Mis ojos no creen lo que ven. Vuelven a ser visibles. Eso sí, si me mojo o me quito la crema, volverán a desaparecer, así que tengo que tener mucho cuidado. Cojo de nuevo el esmalte y me lo pongo más despacio y tranquila. Me sale bastante bien.

—Ahora te han quedado mejor.

Mi madre sonrío desde la puerta.

—¿Qué quería la vecina? —pregunto por fingir normalidad.

—Nada, se van a cuidar a los nietos un par de días y les va a llegar un paquete. Me ha pedido que se lo recojamos.

—A todo esto, ¿sabes algo de Martina? Ya han pasado varios días.

¡Nooo! ¡No toques este tema, que no quiero seguir desapareciendo! Creo que me pasa cuando estoy nerviosa.

—Ahora enciendo el móvil y miro si me ha escrito.

Cruzo los dedos con cuidado e intento mover los brazos lo menos posible. No quisiera eliminar el maquillaje sin darme cuenta y darle un susto de muerte a mi madre. Si se me va el color solo se verían las manos. Eso sí que daría impresión. Unas manos voladoras. PUAJ.

Subo a mi cuarto y enciendo el teléfono. Espero y espero. No hay respuesta. Le escribo a su antiguo número, por si las cosas no son como ella esperaba y le funciona. Ni siquiera le llega, se queda en un único tick. Ay, Martina, cuánto te echo de menos.

Abro el diario. Antes de dibujar a mi nueva amiga, escribo. “He encontrado algo para tapar mi invisibilidad. La idea del maquillaje ha sido muy buena. A partir de ahora la usaré a diario para ir al instituto. Espero que en pocos días todo vuelva a la normalidad”.

No quiero irme a la cama sin conocer la previsión del tiempo para mañana. ¡No! grito en cuanto lo veo. Noventa por ciento de probabilidad de lluvia. Lo que me faltaba. No puedo mojarme.

—¿Has gritado?

Mi padre entra en la habitación. Parece asustado.

—¿Yo? —Necesito ganar tiempo para inventar una excusa.

—Claro, tú.

—Sí, es que, jo, no consigo contactar con Martina. No le llegan los mensajes, ni me escribe.

—Silvia, mírame. Es imposible que Martina se haya olvidado de ti. ¿De acuerdo? No pienses en eso ni una vez más. Eres una chica genial que pronto hará más amigos.

Agacho la cabeza para que no vea cómo se me humedecen los ojos.

—Además, mamá me ha dicho que ya tienes una amiga nueva, ¿no? ¿Cómo se llama?

—Eh... Paula.

—¿Y cómo es? ¿Dónde vive? ¿Conozco a sus padres? ¿A qué se dedican?

Mi padre me invade a preguntas.

—Papá, tengo sueño. Mañana te lo cuento, ¿vale?

Él consulta su reloj y sonríe. Son las diez. Mi único deseo es dormir y levantarme mañana totalmente visible. Cruzo los dedos de las manos. A pesar de no ser supersticiosa, prefiero hacerlo. ¿Y si funciona?

“Ha llovido. Ha llovido durante toda la noche. Lo sé porque el viento no me ha dejado dormir. Me gusta el sonido de la lluvia cuando cae despacio. Sin embargo, lo de esta noche ha sido una pesadilla. Parecía que las nubes estaban enfadadas. Tengo una charla pendiente con mi padre sobre mi nueva amiga Paula. Necesito ensayarla frente al espejo para que no se note la mentira. Mis muñecas y mi tronco siguen siendo invisibles. Me estoy empezando a desesperar. Hoy es el tercer día y en lugar de curarme, empeoro. ¿Qué será lo que desaparezca hoy? Llevaré guantes y bufanda para taparme lo mejor posible”.

He decidido desayunar fuerte, por si Ángela me quita el almuerzo. Ayer apenas coincidí con ella. Me perdí las dos últimas sesiones de clase. Acabo de darme cuenta de que no sé a quién pedir los apuntes. ¿A Abdel? Hago memoria. No estoy segura, pero creo que tocaba matemáticas. Oh, no. Seguro que Mikel me echa la bronca. Y, encima, delante de todos. Odio que lo hagan así. No es que a mí me haya pasado, lo he visto en mi clase y no es nada agradable. Ni para el alumno ni para los compañeros. Los profesores también tienen que aprender algunas cosas y mejorar. Tampoco me gusta que digan las notas en alto. Los que suspenden lo pasan mal. Yo saco buenas notas, pero he visto las caras de los que no aprueban y me han transmitido una gran pena y decepción.

Después de vestirme abro la cama para ventilar el cuarto. Mi madre cerrará después. ¡No! Las sábanas están sucias de maquillaje. Ayer no me desmaquillé. Ahora entiendo la importancia de aplicarse desmaquillante, como dicen en los anuncios de la televisión.

—¿Qué tal has dormido?

Mi madre me asusta cada vez que aparece de la nada. ¿Y si ella también es invisible? Me lo creería. Además, te diría que domina su poder a la perfección.

—Bien.

Le respondo de espaldas, mientras cubro la cama con la sábana y la manta, para que no vea los restos de su crema de maquillaje. También oculto mis brazos.

—Hoy te has levantado con tiempo. ¿Has ventilado bien?

—Sí, los diez minutos de siempre.

—Genial. Te encuentro de mejor humor. ¿Has vuelto a marearte o a ponerte nerviosa por algo? ¿Necesitas hablar con la tía Ana?

Lo vuelve a hacer. Demasiadas preguntas y pocas respuestas. Tic, tac, tic, tac. El tiempo corre y no sé qué decir.

—Estoy mejor, sí. No hace falta que llames a la tía.

Respuesta comodín. Mentiras piadosas. Llámalo como quieras. Ya ves que es mi estilo. Así quedas bien con todos y no te dan la lata.

—¿Qué buenas noticias, cariño! Sabía que mejorarías. Eres muy fuerte. Más de lo que crees. ¿Te apetece desayunar unas magdalenas de tres chocolates o te las pongo para almorzar?

No entiendo por qué mi madre no deja su trabajo para montar una repostería. Le encanta y lo hace genial.

—Prefiero comerlas ahora.

No quiero que Ángela las pruebe. Seguro que le gustan y me roba el almuerzo todos los días. Paso por el cuarto de baño antes de dirigirme a la cocina. Necesito mi dosis de maquillaje, pues mis brazos sigues tan transparentes como el cristal de la ventana. Mientras desayuno, aparece mi hermano en la cocina con los ojos semicerrados y cara de dormido.

—¿Por qué te levantas tan pronto?

—Me duele la tripa. No puedo ir al colegio.

Mi madre lo mira con cara de pocos amigos.

—Te doy un poco de jarabe y seguro que te recuperas rápido.

—No quiero jarabe. Me duele mucho la tripa.

—Acércate a ver si tienes fiebre.

Cuando pasa por mi lado le da una arcada tan grande que casi veo cómo asciende el vómito por su garganta. Corre al baño. Parece una manguera. Y lo peor de todo es que casi me mancha a mí. Huele tan mal que me tengo que marchar sin acabar de desayunar. Mi madre me pone un par de magdalenas en la tela del almuerzo. Salgo disparada y con el estómago revuelto. ¿Por qué no tengo un día normal en mi vida? Cada vez que pienso en esa palabra me vuelve a la mente mi profesora diciendo que no existe lo normal. Bueno, entonces ¿por qué no tengo un día tranquilo en mi vida?

En el camino al autobús se me pasan las ganas de vomitar. Me imagino poniéndome enferma delante de todos y vomitando como mi hermano. Mejor no pensarlo. Adelaida se llevaría las manos a la cabeza y las *vips* me mirarían con cara de asco el resto del curso.

Ahora no llueve, pero el cielo está cubierto por nubes grises. Se avecina un día triste. Espero que los guantes no me quiten el maquillaje. En el tubo ponía *longlasting*. Si no me equivoco, significa larga duración. Me he puesto una camiseta de cuello alto para disimular en clase, la bufanda, los guantes y el chubasquero rojo.

Veo a María en la puerta del autobús. Adelaida sigue de baja. Soy la primera en llegar, creo que he salido demasiado pronto de casa.

—Buenos días, Silvia.

—Buenos días, María. ¿Puedo subir ya?

—No, espera a que vengan los demás y pase lista.

Es terminar la frase y empezar a llover. Meto la mano rápido al bolsillo de mi abrigo rojo. No quiero que caiga ni una gota sobre el guante. El maquillaje dura, pero si se moja desaparece y es lo último que necesito hoy.

—Silvia, ¿qué tal? ¿recuperada del susto de ayer? Qué pena que no te pude ver.

No hace falta que te cuente quién acaba de llegar. No me da tiempo de responder. La cuidadora se adelanta con más preguntas.

—Es cierto, ayer no regresaste a casa en el autobús. ¿Qué te pasó? ¿Cómo volviste?

Y como no, mi portavoz responde por mí.

—Se quedó encerrada en el vestuario y la sacaron medio desmayada. Tuvieron que ir sus padres a buscarla.

Ahora la que tiene preguntas soy yo. ¿Cómo le ha llegado la información? Solo lo sabían la tutora y el profesor de Educación Física. Espera. Los conserjes también. Y que no me diga que es porque su padre es jefe de la policía municipal, porque no me vale. Todo lo justifica con eso.

—¿Es cierto? —María gira el cuello y me mira fijamente.

¿Tengo que contestarle? No quiero ser el cotilleo del día. María sigue esperando una

respuesta y yo asiento con la cabeza. No me apetece hablar del tema. Que Ángela disfrute haciendo el mal no es asunto mío. Quiero pasar página.

Poco a poco llegan el resto de estudiantes. Desde primero de la ESO hasta segundo de Bachillerato. Compartimos horario, edificio y autobús. María nos da permiso para empezar a subir. A pesar de haber llegado la primera, Ángela entra antes que yo. No me importa. Haría cualquier cosa con tal de que me dejara en paz.

Paso el trayecto del autobús pensativa, mirando por la ventana. No me he dado cuenta de que Paula se ha sentado a mi lado hasta que hemos llegado al aparcamiento del instituto. Giro la cabeza y la veo observando mis manos con detenimiento. Se me ha bajado un poco el guante y se me ve el maquillaje. ¿Tanto se nota? ¡Ay! Me espera otro día alucinante (léase con ironía, tristeza y desgana a la vez).

El viaje al instituto ha sido tranquilo. Hay dos cosas que me preocupan: la clase de matemáticas y las magdalenas que llevo de almuerzo. No quiero que me las quiten. La tripa me ruge de hambre por no haber desayunado.

Acaba de entrar Mikel por la puerta. Se dirige a la pizarra y en menos de cinco minutos la llena con operaciones combinadas resueltas. Era la tarea de ayer. Copio tan rápido y tan concentrada, que no me doy cuenta de que está a mi lado.

—Silvia, te faltan los ejercicios que hicimos ayer en clase.

Me mira esperando una respuesta y como tardo en ordenar mis ideas en la cabeza, es Ángela quien contesta.

—Ayer no estuvo en las dos últimas horas. Se quedó encerrada en el vestuario y se la llevaron a casa porque se desmayó.

Mikel ni se inmuta. Sigue con el gesto serio.

—¿Y no podías pedirselo a alguna amiga?

Digo que sí con la cabeza, no quiero llevarle la contraria.

—Mikel, su mejor amiga, Martina, se ha ido a Perú, a su país. Ángela no tiene más amigas. Yo, como delegada de la clase, podría dejarle mis apuntes.

—Gracias, Ángela. Hacen falta alumnas como tú en este instituto. Sinceras y buenas compañeras. Si algo tenemos claro los profesores es que no podemos obligaros a ser amigos, pero queremos que os comportéis como buenos compañeros. ¿Entendido?

—Sí —responden unos cuantos.

Ángela se levanta y me trae su hoja.

—No, Ángela, eso lo copiará en la hora del recreo. No podemos perder más minutos de clase.

¿Me pierdo el patio, con el hambre que tengo? No es justo. Miro a Mikel para quejarme y no me salen las palabras.

—Silvia, ¿quieres decirme algo?

Por más que lo intento, no lo consigo. No entiendo qué me sucede. ¿Y si me ha desaparecido la lengua? La siento, pero no puedo verla. No tengo un espejo y tampoco nos dejan ir al baño entre horas.

La clase de matemáticas termina y me quedo con el profesor hasta copiar los apuntes de ayer. La mano me tiembla y tardo el doble de tiempo. Mikel está sentado en su silla con el chromebook. Nota que lo he mirado, porque cierra la tapa del portátil y me observa con cara de pocos amigos.

—Te he puesto un aviso en la aplicación de educación que les llegará a tus padres. No es un parte, es una llamada de atención. Cada vez que faltéis, os lo dije el primer día, debéis ser responsables y solicitar el trabajo a algún compañero o amigo. Ahora tienes el cuaderno desordenado por haber hecho lo de hoy y copiar lo de ayer después. Eso baja la nota del cuaderno. ¿Entendido?

—Sí.

Menos mal que me ha salido la voz. Me han dado ganas de responder “sí, señor” .

—Ahora recoge tus cosas y baja...

El sonido de su teléfono interrumpe la conversación. Lo saca del bolsillo y pide perdón antes de salir a hablar al pasillo. Me quedo sola en clase. Recojo el cuaderno y le dejo la hoja a Ángela en su mesa. Me dan ganas de escribirle una nota diciendo que deje de meterse en mi vida. No lo hago. No quiero más problemas. Salgo de clase con el almuerzo en la mano. El estómago me ruge de nuevo. Sabe que pronto le daré comida. Bajo las escaleras de dos en dos y en cuanto piso el patio, cojo una magdalena y meto la mitad en mi boca. Me sabe deliciosa. Miro a mi alrededor. Algunos chicos de clase juegan a fútbol. Otros están sentados en los merenderos, al sol, comiendo y charlando. Veo a la chica árabe sola en el porche. ¿Y Paula? ¿Y las *vips*? ¿Y si le están haciendo algo a ella? Me termino el almuerzo y accedo de nuevo al edificio. Una profesora joven me impide el paso.

—No puedes entrar. Espera a que toque el timbre. —Consulta su reloj y sonrío—. Solo quedan tres minutos.

Se me ha pasado muy rápido. Antes de regresar al patio, escucho ruido en la sala Urbasa, a mi derecha. Miro y la misma profesora me da la explicación.

—Están jugando al ajedrez. Ya es tarde para que entres. Si te interesa, puedes ir mañana.

Es cierto, nos lo contaron a principio de curso, pero se me había olvidado. Jugar al ajedrez me parece de nerds, de empollones solitarios. No es mi juego favorito, la verdad. Cuando regreso al patio, toca el timbre. Al pasar de nuevo por la entrada al instituto, veo que Paula sale de la sala Urbasa. Es una nerd con todas las letras: inteligente y solitaria. Al menos tiene un grupo con el que estar en el patio. No dejan de salir chicos y chicas de esa sala. Cuando nos dijeron que se podía jugar al ajedrez, no pensé que hubiera tal afluencia de gente. A veces el instituto es una caja de sorpresas.

Subo las escaleras detrás de Paula. Aunque me ha visto, su cara no ha cambiado el gesto. ¿Y si me he vuelto invisible? Entro al baño y respiro aliviada al observar mi rostro en el espejo. El maquillaje de los brazos sigue intacto. Me alegro de que mi madre compre productos de calidad. Si hubiera sido un maquillaje barato, seguro que ya me habrían llevado a un laboratorio a experimentar con mi cuerpo. ¿Cuándo va a terminar esta pesadilla?

—¿Hay alguien dentro? —grita un profesor desde la puerta.

—¡Sí! ¡Ya salgo!

—¡Date prisa o llegarás tarde a clase!

Lo que me faltaba. Retraso y otra bronca. Cruzo el baño a toda velocidad y en cinco segundos estoy en mi clase. Tengo suerte de tener los baños tan cerca y de que la profesora esté en el pasillo hablando con una compañera. Solo ponen retraso cuando llegas más tarde que ellos y no tienes una razón justificada, como haber estado en dirección o con otro profesor.

Cuando entro en clase veo a Marc y a Lucas peleándose. A veces lo hacen como un juego. El resto los han rodeado y apenas veo lo que ocurre. Ángela sonrío, quizá la pelea haya sido cosa suya. Paula está sentada en su pupitre, leyendo un libro. No entiendo cómo puede concentrarse con este jaleo. Espero que venga la profesora antes de que se les vaya de las manos.

—¡Buenos días! Venga, chicos y chicas, a vuestros sitios. Hoy empezamos con el proyecto del trimestre.

Es la voz de Elena, la profesora de valores.

—¿Qué es lo que está pasando ahí?

Se hace paso entre la multitud.

—¡Sentaos todos! —grita Ángela.

—Gracias, Ángela, pero la profesora soy yo.

Me encanta. Es de las pocas personas que ponen a Ángela en su sitio.

—Ahora que estáis sentados, ¿qué ha pasado? ¿Era una pelea?

—No, profe, solo estábamos discutiendo—responde Lucas.

—¿Discutiendo? ¿Seguro? Bueno, vamos a empezar la clase, que ya hemos perdido bastante tiempo. —Barre la clase con su mirada y se detiene en mí—. Silvia, siéntate con Paula. Este trabajo es por parejas.

Empezamos bien.

—Ahora os lo voy a explicar. Es muy sencillo. Cada miembro de la pareja deberá enseñar al otro algo que considere que le pueda ayudar. Lo que entregaréis será una memoria justificando lo que le habéis enseñado y valorando si realmente le ha ayudado o no. También haremos una exposición oral contando la experiencia y os evaluaréis entre vosotros. Por ejemplo, yo puedo enseñar a mi compañero a descargar un archivo de internet porque siempre me pide ayuda para hacerlo. Sabré si le ha servido cuando lo vea hacerlo solo. ¿Entendéis?

Kelly levanta la mano.

—¿Podría enseñarle a Verónica a pintarse las uñas?

Elena frunce el ceño.

—¿Crees que llevar las uñas pintadas podría ayudarle en algo?

—Claro, a ser más *cool*.

—¿A qué?

—A ser más guay. A ir a la moda.

—Estaría bien que los compañeros os contaran qué no saben hacer o qué les gustaría aprender. Así será más fácil encontrar cómo ayudarles. ¿De acuerdo? Este proyecto es muy interesante y muy enriquecedor. Lo he titulado: ayúdame y te habré ayudado, como el estribillo de la mítica canción de Los Secretos.

La clase enmudece. No sabemos a qué se refiere.

—Es música de los años de vuestros padres o abuelos, no os preocupéis si no se os hace familiar. El objetivo de la clase de hoy es averiguar en qué podéis ayudar a vuestra pareja. Para ello os voy a pasar una ficha con veinte preguntas cortas sobre aficiones. Espero que os ayude y os dé alguna pista.

Miro a mi pareja. Paula ni siquiera me devuelve la mirada. Genial. ¿Cómo puedo ayudarle si casi no me habla?

Toca el timbre para salir al segundo patio. Teresa se me acerca.

—¿Qué tal estás, Silvia?

No me apetece dar pena ni que estén preguntándome todos los días. Ella se preocupa, lo sé, es solo que cuanto menos me recuerden que Martina no está, menos sufriré.

—Bien.

—Sabes que puedes hablar conmigo siempre que lo necesites, ¿verdad?

Afirmo con la cabeza y mi estómago ruge. Es muy incómodo. Sobre todo, porque no tengo más almuerzo ni he traído dinero para comprarme algo en la cafetería del instituto. Mañana desayunaré para que no me pase esto de nuevo y meteré un par de euros en la mochila.

—¿Quieres una tortita de arroz con chocolate?

La palabra chocolate me atrae de tal manera que respondo “sí” de forma automática.

—Espérame aquí. Voy al departamento..

Mis compañeros se han marchado al patio hace unos cinco minutos. Últimamente se me hacen cortos los recreos. Los veinte minutos me saben a poco y es por no bajar puntual. Teresa vuelve rápido y me entrega un paquete con dos tortitas. Sonrío y ella también lo hace.

—Cuando estoy triste o tengo un mal día, me como un par de tortitas con chocolate negro. Son fabulosas para subir el ánimo. Es por el triptófano.

—¿Trip qué? Bueno, no importa. Gracias.

Bajo al patio mientras engullo mi almuerzo. Busco a Paula con la mirada y la encuentro sola. Es muy valiente. Nunca la he visto hablar con nadie y parece no importarle. La sigo hasta el merendero y me siento a su lado. Ahora tengo la excusa del trabajo para acercarme a ella. Espero que no le importe.

—Hola.

Deja de masticar, pero no me mira.

—Hola.

Ha contestado. Esto va por buen camino.

—Tenemos que hablar sobre el trabajo. ¿En qué podemos ayudarnos?

Paula parece pensativa. Yo estoy bloqueada, sin ideas.

—Mirad quiénes están aquí.

Ángela y sus amigas nos rodean. Kelly, Susana y Jennifer nos miran con cara de pocos amigos. Llevan la misma ropa que su líder: vaqueros azules, un jersey amarillo y blanco de rayas, zapatillas blancas con plataforma y el pelo hasta la cintura.

—¿Por qué llevas guantes? No hace tanto frío... —me pregunta.

Trago saliva. ¿Ahora qué le digo?

—¿No tendrás alguna enfermedad contagiosa, no?

No es mala idea.

—¿Y esa bolsa? ¿Has traído tortitas con chocolate y no me has ofrecido? Así no vas a tener amigas. Mañana me traes una.

—No son mías. Me las ha dado Teresa.

—¿Habéis oído? ¿Te las ha dado por pena? ¿Tus padres no tienen dinero para comprar comida? Sus carcajadas se escuchan a distancia. ¿Por qué no viene ningún profesor?

—¿Quieres que te dé un consejo? Vete a Perú. Mi padre me dijo que allí las cosas son muy baratas. Martina te estará esperando con los brazos abiertos. ¿Cómo se llamaba eso que traía para almorzar? Ah, sí. Arepas. Arepas con queso. Allí podrás comerlas.

—Ya vale. Déjala en paz.

Paula se ha puesto de pie. Recuerdo una situación similar en la que Martina me defendió. Por eso dejaron de meterse con nosotras. Fue mi amiga la que les plantó cara, no yo.

—¿Qué pasa, ahora te defiende la autista? —Ángela la señala con el dedo mientras me mira—. Me lo estoy pasando mejor de lo que creía. ¿Por qué no vas a jugar al ajedrez? Si este patio fuera el tablero, yo sería la reina blanca y vosotras, los peones negros. Os eliminaría en dos jugadas. ¿Quién ha visto que un peón haga jaque mate? La reina es la dueña del juego, no lo olvidéis, se mueve por donde quiere.

Paula no contesta.

—¿Creías que no sé jugar, friki? Mi padre fue campeón en el instituto, pero yo paso de mezclarme con nerds como tú. Prefiero otros juegos.

En ese momento un balón rebota en su cabeza. Soy testigo de su gesto de sorpresa y dolor y de cómo se le pone media cara roja, por el impacto. Ha sido como en las películas, cuando lo muestran en cámara lenta. Sus amigas se quedan paralizadas y yo me muerdo la lengua para no partirme de la risa aquí mismo.

—¿Qué estáis mirando? —Llama a sus amigas—. ¡Rodearme, que nadie me vea así! ¡Vamos al baño!

Cuando desaparecen de nuestra vista, nos saltan las lágrimas. No sé si se han escuchado nuestras carcajadas, pero ha sido muy divertido. Creo que a partir de ahora, cada vez que se meta conmigo, voy a recordar este momento. Quizá lo dibuje en mi cuaderno, para que no se me olvide.

Suena el timbre. Es la hora de regresar. Subimos en grandes grupos hasta el segundo piso y cuando llegamos a clase, la escena es terrorífica. Ángela chilla histérica. Abre tanto los ojos que parece que se le van a salir. Está incluso más fea. Espera. Ya entiendo lo que ha sucedido. Se ha quitado el maquillaje.

—¿Quién me ha robado la llave de la taquilla? —pregunta a todos mientras entramos y nos dirigimos a nuestras sillas.

Los latidos de mi corazón se aceleran y temo seguir volviéndome invisible.

—¿Has sido tú?

Acerca tanto su cara a la mía, que pienso que me va a escupir.

—¿Has sido tú, Silvia?

¡Ay! El grito de Ángela se me ha clavado en el cerebro.

—¿Qué pasa aquí? —Ahora quien grita es Marian, la profesora de música—. ¿Por qué no habéis bajado a la clase? He tenido que dejar los instrumentos a medio preparar...

—Alguien me ha robado la llave de la taquilla —explica Ángela con su tono de voz natural. No se atreve a seguir vociferando.

Marian suspira.

—Vamos a ver. ¿Estás segura de que no la tienes en otro sitio o de que se te ha perdido? Esto va por todos. ¿Cuántas veces acusamos a nuestros compañeros de robarnos las cosas y al final resulta que la culpa es nuestra? No empecemos, eh, por favor. Como somos muy buenos

compañeros, vamos a buscar la llave de Ángela por la clase.

—Ya hemos mirado y no está —contesta Kelly.

—Vale. Entonces, sacad vuestras llaves. A ver si alguien ha cogido la de Ángela, por ERROR — pronuncia más despacio y más alto la última palabra—. ¿Qué número es?

—La treinta y cuatro.

Tiro de la cremallera de mi estuche y veo la llave. No puede ser. Yo no he sido, pero no me van a creer. Mi corazón golpea fuerte en mi pecho y mis manos tiemblan. Cuando me dispongo a coger la llave no veo mi mano derecha. ¡Oh, no! ¡Ha desaparecido! Es tal la confusión, que cojo la llave como puedo, y se me cae al suelo. Percibo los ojos de mis veinte compañeros sobre mí. Introduzco rápido la mano en el bolsillo de mi chaqueta. Estoy metida en un buen lío. Tenía que haberme echado maquillaje en las manos.

—¡Lo sabía! —grita Ángela—. ¿Veis cómo me la habían quitado?

La decepción que me transmite el rostro de Marian es superior a mí. No sé de dónde me salen las fuerzas para seguir de pie. Ojalá pudiera salir corriendo. ¡Yo no he sido! Me lo digo a mí misma, no me sale la voz. No sé qué decir para defenderme.

—Silvia, todos lo han visto. ¡Has sido tú!

La acusación de Ángela es falsa. Niego con la cabeza y miro a Paula rogando ayuda.

—Silvia no ha sido. Ha estado en el patio conmigo.

Ángela se gira y se dirige a mi “nueva” amiga.

—Como dice mi abuela, “Dios los crea y ellos se juntan”. ¿No las creeréis, verdad? Silvia se está vengando porque la dejamos encerrada en el vestuario. Venga, Silvia, confiesa.

—¡Mientes! —grita Paula.

—¡No miento!

Ángela acerca su cara a menos de cinco centímetros de la mía. ¿Por qué lo hace?

—¿Te ha comido la lengua el gato?

—Silvia y Ángela. ¡A dirección!

Genial, al despacho de Mikel. Ya sé a quién creerá. ¡Ojalá pudiera ser completamente invisible! Me gustaría desaparecer.

Cuando llegamos al despacho, Mikel habla por teléfono en un tono bastante enfadado. Nos ha acompañado Teresa, que estaba de guardia. Me he sentido algo más segura con su presencia, aunque no me haya servido de mucho. Mikel ha colgado y nos ha mirado con cara de pocos amigos. Vamos, que no le apetecía nada tenernos allí. He pensado que era su hora de almorzar, porque en más de una ocasión le ha rugido el estómago.

—Mikel, perdona, Marian las envía a tu despacho porque ha habido un altercado entre ellas. Que te lo cuenten, ¿vale? Yo vuelvo a la sala de profesores, que estoy de guardia.

—De acuerdo. Gracias, Teresa.

Al cerrarse la puerta me ha recorrido un escalofrío por el cuerpo. Mikel nos ha mirado a las dos y se he tomado su tiempo para hablar.

—Y bien, ¿qué ha pasado, Ángela?

No me ha sorprendido que le pregunte a ella primero. Es su favorita.

—Silvia me ha quitado la llave de mi taquilla y la ha escondido en su estuche. Lo ha hecho porque el otro día se quedó encerrada en el vestuario.

—¿Es cierto, Silvia?

Ha llegado el momento de la verdad. Tic, tac, tic, tac, el tiempo corre y no sé qué argumentos acompañar a mi NO rotundo. Los ojos penetrantes de Mikel me observan y no consigo salir de la nube mental que me rodea. Me quedo absorta en mis pensamientos en blanco. Parece contradictorio, pero es así. Siento que estoy a distancia de lo que me sucede. Como en una burbuja.

—¿Vas a contarme por qué le has cogido la llave, Silvia?

—No, yo...

—¿Has sido tú?

Giro la cabeza para mirar a Ángela. Se está tocando las uñas. Su color es precioso, turquesa y morado. No sé dónde se las hace, pero deben ser muy caras.

—Bueno, no tengo tiempo para esperar a que te decidas. Dicen que “el que calla otorga”, así que si no te defiendes es porque has sido tú. Te doy una última oportunidad. ¿Has sido tú?

Mi cabeza se mueve de arriba abajo. No me lo puedo creer. ¿Es que no puedo mandar sobre mi cuerpo? Quería decir que no y he dicho que sí.

—No me queda más remedio que ponerte un parte y llamar a tus padres. Este tipo de bromas no hacen ninguna gracia. Todo lo contrario. Has hecho perder tiempo a tu profesora de música, a la de guardia y a mí. La próxima vez que quieras gastar una broma, piénsatelo mejor. Ahora volved a clase.

Durante el trayecto Ángela no me dirige la palabra. Creo que está tan sorprendida como yo. Me espera una buena bronca cuando llegue a casa. Solo espero que allí me crean.

La mañana ha transcurrido sin más altercados. Miro el reloj. Son las dos y cuarto y no puedo aguantar las ganas de hacer pis. Me acerco al profesor de Biología para pedirle permiso.

—¿No puedes esperar diez minutos?

—No. Y no puedo llegar tarde al autobús...

Me da permiso. Es muy comprensivo y tiene muchísima paciencia con nosotros. El conserje me abre la puerta del baño. A estas horas el baño está muy sucio, pero la urgencia es la urgencia. Cuando me bajo los pantalones, no puedo creer lo que estoy viendo. Mis piernas han desaparecido. ¡Ay! ¡No! Menos mal que hace frío y que llevo pantalón largo. Me urge recuperar mi visibilidad. No entiendo qué me pasa. Vuelvo lo más rápido posible a clase. No quiero que toque el timbre y me pille en el pasillo. Es tan estrecho, que se llena de gente rapidísimo. Se taponan y es difícil encontrar el camino para ir donde quieres.

Mis compañeros están recogiendo la clase. Hemos hecho una manualidad sobre las capas de la Atmósfera y hay restos de papel y pintura por el suelo. Tengo muchas ganas de irme a casa. Recogemos y hacemos fila en la puerta para esperar a que toque el timbre. Marc recita una cuenta atrás mirando su reloj. Menudo control del tiempo.

—Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... piii.

Paula y yo somos las últimas en salir. Mientras bajamos las escaleras mueve la boca y gesticula. Supongo que quiere decirme algo, pero hay tanto ruido que no lo entiendo. Una vez en el patio, vuelve a preguntarme.

—¿Qué te ha dicho Mikel?

—Un parte y llamada a casa.

—Pero si no has sido tú...

Me sorprende su confianza en mí. Es la primera persona que me cree sin preguntar.

—No pasa nada. Antes nos lo hemos pasado bien riéndonos del balonazo, ¿no? Sabía que me la iba a devolver.

—Ya, ¡pero no es justo! —exclama Paula.

—¿Y cuándo es justo? Es ella la que siempre gana.

—Lo que ha dicho es mentira. Un peón puede hacer jaque mate. Es difícil, pero no imposible.

—¿Qué más da? Yo no sé jugar.

—Puedo enseñarte.

Sonrío. Más que el hecho de aprender a jugar, me alegra el que quiera enseñarme. Hace tiempo que nadie hace algo tan bonito por mí y me llena de fuerza y energía. Me paro en seco cerca del autobús. Tengo ganas de abrazar a Paula, pero cuando hago el amago, ella me lo impide.

—Perdona, no me gusta el contacto.

Me quedo cortada, pero cambio rápido de tema.

—¿Hablamos del proyecto de valores?

—Vale. Yo te enseño a jugar al ajedrez. ¿Y tú? ¿Qué puedes hacer?

—Ser tu amiga.

Después de decirlo me he dado cuenta de que me ha salido sin pensar. Espero que quiera tener amigos.

—Ser tu amiga, si me dejas, claro.

Intento mejorarlo. Paula no sonrío, pero su mirada acepta la propuesta. Buff, ¡qué tranquilidad!

—¡Eh, chicas! ¡Subid al autobús, que nos vamos!

Es la voz de María. Adelaida debe seguir enferma, o quizás ha dejado el trabajo. Suele decirnos que no le gusta y que le pagan poco. No sé por qué, dirijo mi mirada hacia los asientos del fondo y Ángela se pone los dedos sobre los ojos en señal de que me está observando. ¿Qué más quiere? Según ella, me ha hecho jaque mate. A pesar de no saber jugar, conozco el significado de esas dos palabras. Es el fin de la partida. ¿Es que Ángela quiere la revancha? Si es así, prefiero retirarme. Como dice mi padre, una retirada a tiempo es una victoria. No quiero ganar, solo que

me deje en paz. ¿Aceptaría un empate?

—¿Puedes venir esta tarde a mi casa?

Paula niega con la cabeza. Quizá esté yendo muy rápido.

—Vale. ¿Y mañana?

—Mejor otro día.

Miro al suelo. Me había hecho ilusiones. Imaginaba lo contentos que estarían mis padres al llevar a una amiga a casa, como lo hacía antes con Martina. Paula es diferente. ¿Será por timidez?

—Paula, Lo que ha dicho Ángela antes es... Esto, ¿eres autista?

Ella afirma.

—¿Qué es? No conozco a nadie...

—Soy Asperger de alto rendimiento, aunque ya no lo llaman así. Me cuesta entender los chistes y la ironía; soy literal y muy directa. Espero que no te importe. Y, bueno, me gusta estar sola. No me interesa la gente, en general. Me agobian los ruidos, los sitios con muchas personas...

—¿Y no te sientes sola? ¿No quieres tener amigas?

Alza los hombros sin mucho entusiasmo.

—Qué suerte tienes. Yo echo mucho de menos a mi amiga Martina. Me gusta hacer cosas sola, como bailar, dibujar, escuchar música... pero también me apetece tener alguien con quien hablar. Solo una amiga. Paso de los grupos grandes. ¿Y qué haces por las tardes?

—Ajedrez, dibujo y toco el piano. Llevo cinco años en el conservatorio.

Ahora que nos hemos sincerado, le diría lo de la invisibilidad. Sin embargo, algo me frena. Quizá sea la esperanza de poder solucionarlo por mí misma.

—¿Prefieres que vaya yo a tu casa?

Quizás en su casa se sienta mejor.

—Es que el instituto me cansa y por la tarde necesito estar sola. Prefiero quedar el fin de semana. Te envío un correo para quedar, ¿vale? No tengo teléfono móvil.

Saca unos tapones de colores de la mochila, se los pone y se acurruca en el asiento con los ojos cerrados. Paula es diferente, eso está claro. Y me gusta. Es auténtica, original, no una copia de las *vips*.

Mientras camino hacia casa no dejo de pensar en la invisibilidad. El bote de maquillaje en crema de mi madre es demasiado pequeño. No podré echarme en las piernas. Soy de estatura media, mido uno cincuenta y tres, pero no creo que llegue. Además, al ponerme la ropa quizá se borraría. Necesito algo que dure en el tiempo. Cuando mi tía se casó, mi madre fue a un solarium. Una vez la acompañé. Se metía durante unos quince minutos en un aparato que desprendía una luz muy intensa. Parecía un ataúd iluminado. Las primeras sesiones no se le notaba nada, pero poco a poco se puso morena. Esta tarde me acercaré a la peluquería y preguntaré sobre las opciones que tienen para ponerme morena. Espero encontrar algo que me sirva y que sea barato. No tengo piernas, tronco ni manos. Puede que mañana desaparezca lo que me queda y entonces será muy difícil —qué digo yo, imposible— pasar desapercibida. No quiero imaginar el susto que se llevará mi madre cuando no pueda verme. Mi hermano sería el único en alegrarse con la situación.

Llego a casa la primera, como siempre, y lo que hago es maquillarme las dos manos. Después, caliento la comida en el microondas y me siento. Disfruto del silencio, como Paula. Enciendo el móvil para ver si me ha llegado algún mensaje de Martina. Negativo. Quería contarle que he conocido a alguien y que la echo de menos. Son demasiados días sin noticias tuyas. Es como si hubiera desaparecido. ¿También se ha vuelto invisible? ¿Se ha olvidado de mí? ¿Y si el avión se estrelló? ¿Qué le ha podido pasar? Mi corazón se acelera y no paran de surgir pensamientos negativos en mi mente. Pongo la televisión para evitarlos.

Mientras como los guisantes que preparó mi padre anoche, escucho el sonido de la puerta del garaje. Temo este momento. Mikel ha llamado a mis padres. ¿Qué me dirán? ¿Me creerán? Trago el último guisante con dificultad. Mejor espero a que mi madre llegue. Mi estómago se ha cerrado completamente.

—¡Silvia! Ya estoy aquí.

Bueno, por ahora parece de buen humor.

—¿Qué tal el día?

¿Qué puedo responder? No sé si sabe lo que ha sucedido.

—Bastante bien.

Otra respuesta comodín que roza la mentira. A este paso me voy a convertir en la hermana pequeña de Pinocho.

—Me ha llamado el director —dice mientras deja el bolso y saca de la bolsa el pan que ha comprado—. También he hablado con la tía Ana. Dice que estás pasando por algo parecido a un luto y que te demos tiempo. Yo no creo que le hayas quitado la llave a tu compañera. Al menos, no sin una razón de peso. No lo has hecho, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Eso le he dicho al director, pero dice que has confesado tu culpabilidad. ¿Por qué? Si tú no has sido...

Alzo los hombros. No sé qué decirle. Me avergüenzo por no haber sido capaz de

enfrentarme a Ángela.

—¿La otra chica te ha obligado a mentir? ¿Te ha amenazado?

—No quiero hablar más de este tema. Prefiero olvidarlo.

—¡Pero no es justo! No podemos dejar que la otra chica se salga con la suya. ¡Tú eres igual de importante que ella en el mundo! Todos tenemos los mismos derechos. No puedes dejar que te pise nadie, ¿me has entendido?

Mi madre se altera con este tema. Se nota que es abogada. No soporta las injusticias. A mí tampoco me gustan, pero prefiero mantenerme en una posición neutral y no entrar en conflictos. Acabo de darme cuenta de algo. No me gustan los conflictos. Esa es la cuestión, o el problema, depende de cómo se mire. Quizá debería empezar a enfrentarme a ellos.

—Mañana mismo voy a hablar con el director.

—No, mamá, por favor. Déjame arreglarlo a mí. Las cosas están mejorando, créeme. Tengo una amiga. Se llama Paula y va a venir a casa.

A mi madre se le ilumina la cara.

—¿Cuándo viene? ¿Preparo un bizcocho? No, mejor unas magdalenas de chocolate. ¿Le gusta el chocolate? ¿Cuál es su postre favorito?

He logrado desviar su atención. Ahora solo queda conseguir algo en la peluquería para volver a ser completamente visible. Terminó los guisantes antes de que lleguen mi padre y mi hermano. No me apetece dar más explicaciones. Subo a mi cuarto y me pongo la ropa de baile. Necesito bailar para calmar mis pulsaciones. Miro el reloj. La peluquería cierra a las cinco de la tarde. La idea es ir un poco antes del cierre, para que no haya mucha gente. Aquí nos conocemos casi todos y mi madre se puede enterar del plan en menos que canta un gallo. Enciendo el altavoz y pongo la música a todo volumen. Voy a practicar la coreografía que me enseñaron la semana pasada en la escuela de baile.

La vibración de la música accede por todos los poros de mi piel. La siento muy dentro de mí. Es como si yo fuera parte de la canción, de la melodía, de las notas... mi cuerpo se mueve solo y siento que vuelo montada en una nube de algodón. Es una sensación fabulosa. Hace que se me olviden todos mis problemas. Hace que me olvide de Ángela, de la invisibilidad, de la soledad, de...

—¡Baja la música, que tengo que estudiar!

Vaya, ha llegado el inaguantable. Quiero decir, mi hermano. ¡Con lo feliz que he sido hasta hace un segundo! Se ha quedado en la puerta mirándome con cara de pocos amigos. ¡Será gruñón!

—¡Sal de aquí y déjame en paz! —le grito señalando con el dedo índice de mi mano izquierda.

De pronto su gesto se vuelve más pálido que la pared. Mira mi mano con la boca abierta.

—Y, y, ¿tu brazo?

Oh, no. El maquillaje de la mañana no es tan *longlasting* como ponía en la caja. Este es un aviso para las empresas que lo fabrican. ¿Podéis poner las horas que dura? No es lo mismo ocho que doce. En mi caso, necesitaría que fuera eterno, pero con un número exacto de tiempo me puedo apañar. Segundo problema, ¿qué me invento yo ahora? Tic, tac, tic, tac. El maldito tiempo haciendo de las suyas. ¿Por qué no se puede detener? Soy muy indecisa y me cuesta pensar en las excusas con tanta presión.

—He dicho que te largues. No te inventes cosas y fuera. ¿No tienes tanto que estudiar? Pues eso, desaparece de mi vista.

No soy la más indicada para decir eso último, no vaya a ser que se haga realidad. Niños,

no juguéis con estas cosas, que el día menos pensado, os pasa como a mí.

—Pero, es que no entiendo como...

—Yo sí que no lo entiendo. Vienes a decirme que baje la música y ahora no te vas?

—Se lo voy a decir a mamá.

—Eres un chivato de mi...

—¡Mamá!

Ha salido corriendo escaleras abajo. Genial. Abro el armario y me pongo los guantes negros que usé en un musical en el que participé el curso pasado. Pongo la música a tope y sigo bailando.

Para cuando me doy cuenta, son las cuatro y media de la tarde y nadie me ha molestado. Opción A: mi madre no le ha creído a mi hermano. Opción B: mi hermano no ha dicho nada. De todas formas, abro la hucha, cojo los cincuenta euros para emergencias y salgo de casa camino a la peluquería. Le he dicho a mi madre que tenía que pasar por la biblioteca. Otra mentira piadosa.

Al abrir la puerta de la peluquería suenan unos cristales con forma de estrella que cuelgan del techo. Me gusta el sonido más que el de cualquier otro timbre.

—¡Voy! —gritan desde dentro.

Mientras espero junto al mostrador ojeo los productos de belleza expuestos en las estanterías. Champús, tintes, espuma de rizos, etc. No veo maquillajes.

—Hola, Silvia. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Hola, Telma. Necesito algo que me ponga morena y que dure mucho tiempo.

—Déjame ver qué tengo por aquí.

Abre armarios y cajones, mueve botes y saca cajas. No encuentra lo que busca.

—Espera un poco, que voy al almacén.

Mi corazón hace más ruido que la música de la radio que se escucha de fondo. Si no viene pronto con una solución, se me va a salir por la boca. Parece que me ha escuchado. Regresa con tres cajas pequeñas de diferentes colores.

—Tienes maquillaje en crema *longlasting*, maravilloso, dura muchísimo. También tengo crema autobronceadora y maquillaje en polvo. ¿Para qué lo necesitas?

Yo tengo otra pregunta: ¿por qué la gente es tan curiosa? A ver qué se me ocurre ahora.

—Es para una actuación de baile. Tengo que estar más morena. Solo es eso.

—Entonces te sirve el *longlasting*.

¿Cómo le digo que ya lo he probado y que no es tan *long* como dicen?

—Prefiero la crema autobronceadora. Así me dura también para los ensayos.

—Tienes razón.

Uf, qué alivio.

—La autobronceadora es algo más cara, pero dura más. Un consejo: échate poca, porque te verás muy morena y no queda bien. Aunque te parezca que no te pones morena, es progresivo. Y si quieres acentuar el efecto, come más betacaroteno. Zanahoria, pimiento rojo, remolacha, calabaza... alimentos de color amarillo, rojo y naranja. Y si tomas el sol también ayudas, aunque en estas fechas lo tienes complicado. ¿Sabes que anuncian nieve para el lunes? Menuda pereza, con lo rico que sabe el calor.

Me pierdo en el discurso. ¿No tiene ganas de cerrar?

—Son veintiocho euros. Y este pintalabios rojo sangre de regalo. Se acerca Halloween.

—¡Gracias!

Al salir me cruzo con mi vecina. Me pregunta por mi madre y, de paso, quiere saber qué hago sola en la peluquería. Le he dicho que necesitaba un pintalabios para Halloween. Hay un concurso de disfraces en el instituto. ¿Querrá disfrazarse Paula conmigo?

Hoy no me he despertado antes de tiempo. Debo de estar cansada, porque me ha costado levantarme. Se nota que llega el fin de semana. Cuando me acerco a la silla de mi escritorio para coger la ropa, veo el diario. Tengo tanto que escribir que no sé por dónde empezar, pero ahora no me sobra el tiempo.

—¡Buenos días, cariño! ¿Qué tal has dormido hoy?

Mi madre aparece de nuevo de la nada —¿cómo lo hace?— y escondo mis manos en la espalda. Menos mal que he dormido con un pijama de una pieza que me tapa la cintura y me queda grande.

—Bien, mamá, pero tengo prisa. ¿Te puedes ir?

—Ay, ¡la adolescencia! Aún me acuerdo de cuando te ponía los pañales y ahora no me dejas ni verte la tripa.

Puaj, pañales. Se marcha y me visto a la velocidad del rayo. Espero que no se asome el pesado de mi hermano. Ayer se llevó un buen susto. Bueno, nos lo llevamos los dos. Abro el bote de crema autobronceadora y después me echo la *longlasting*. Mientras me hace efecto una, uso la otra. No me queda otra opción. No me dejarían llevar guantes en clase sin un informe médico y justamente un médico es lo que menos necesito.

Bajo a desayunar y mi hermano me mira con cara de pocos amigos. ¿Qué le pasa? Me preparo un zumo de naranja, me bebo un vaso de leche con colacao con un trozo de bizcocho de zanahoria y me cojo tres mandarinas y una naranja para almorzar. A tope de betacaroteno, para que mi piel recupere el color.

—Silvia, mira qué he dibujado.

Me espanta el dibujo que me enseña. Es un extraterrestre verde sin manos. ¡Será...! Espero que no vaya diciendo por ahí que su hermana es una alienígena manca. ¿En qué momento tuvo que llegar este espécimen a mi vida? ¿Por qué no me dejaron ser hija única? Ángela lo es. ¡Ay! No sé por qué tiene que aparecer en mis pensamientos antes de tiempo. En menos de cinco minutos tendré que aguantar sus comentarios y no me apetece.

Salgo de casa pensando en la oferta de Paula: aprender a jugar al ajedrez. Espero que no sea difícil. Corro hacia el autobús mientras las campanas marcan la hora. Casi llego tarde. María, la cuidadora, señala su reloj para indicármelo. Me siento sola en mi sitio y, por una vez, no echo de menos la compañía. Miro hacia atrás y no veo a Ángela. ¡Qué raro! Paula se monta unas paradas más adelante.

—Quedamos en la sala Urbasa en el primer recreo.

Sí que es directa. No pronuncia un “hola, qué tal, qué sueño tengo, odio madrugar tanto...” nada. Va directa al grano. No está mal, aunque tampoco da pie a una conversación en la que una se interese por la otra y viceversa. Tendré que acostumbrarme a su forma de ser.

Teresa, nuestra tutora y profesora de lengua, pasa lista. No pregunta por Ángela. Supongo que sabe que falta y el motivo. ¿Estará enferma? No creo que la hayan castigado por lo de ayer, en realidad, la víctima fui yo.

La clase transcurre en silencio. Se nota que falta ella, pues es la que más participa en las clases. Incluso sus seguidoras, Kelly y Susana, han cambiado. Yo estoy más tranquila también. No me siento tan observada. Puedo ser yo misma sin miedo a sus comentarios. Es alucinante cómo influye Ángela en todos nosotros.

Toca el timbre de salida al patio. Me encanta que se hayan pasado tan rápido las dos primeras sesiones. Cojo el almuerzo y bajo con Paula a la sala Urbasa. Hoy empiezan mis clases de ajedrez.

Chicas y chicos se sientan en parejas frente a sus tableros. El silencio es sepulcral. Ángela no aguantaría aquí ni diez segundos. Paula habla con uno de los profesores y este le responde afirmando con la cabeza. ¿Qué le estará pidiendo?

—Nos ponemos al fondo, ¿vale? Tengo que explicarte las normas del juego y no podemos molestar a los demás.

Nos dirigimos a la última mesa con un tablero y una caja de fichas. Me siento intrusa en esta sala de frikis. No sé qué tienen, pero se les nota que son inteligentes y que les gustan este tipo de juegos. No sé explicar esta sensación. Yo, vista desde fuera, no doy pistas sobre mis gustos. Quizá por eso me cueste encajar, soy demasiado “normal”. Tanto, que paso desapercibida. Y de ahí a ser invisible debe haber solo un salto que ya he empezado a dar.

—La reina se pone siempre en su color y a su lado, el rey. Después, los alfiles, los caballos y las torres. En la fila delantera, los ocho peones.

Sonrío cuando dice “peones”. Me acuerdo de nuestra conversación.

—Los peones solo pueden dar pasos hacia adelante, uno o dos. En cambio, pueden comer de forma diagonal. Así. ¿Entiendes?

Me hace una demostración. Es fácil.

—Los caballos son los únicos que pueden saltar por encima de las piezas y se mueven dibujando una L. Mira. Ahora las torres. Se mueven en L las casillas que tú quieras y los alfiles son iguales, pero moviéndose en diagonal. El rey se mueve en todos los sentidos, aunque solo puede dar un paso. Y la reina es la que se mueve en todos los sentidos y todas las casillas que tú quieras.

—La reina es la dueña del tablero.

—No olvides que todas las fichas pueden ser comidas.

¿Me lo dice por Ángela? ¿Por qué siento que el juego tiene que ver con ella?

—Y recuerda que cuando un peón llega a la última fila del lado contrario puede convertirse en otra pieza. Puedes escoger una de las que hayas perdido. ¿Empezamos?

—No sé, tengo demasiada información en la cabeza. ¿Me ayudarás?

Ella asiente.

Los veinte minutos del recreo parecen cinco. Toca el timbre cuando acabamos la primera y única partida. Me he puesto los guantes. En esa sala hace frío y no quiero sorpresas con el maquillaje. Subimos a clase y Paula me recomienda una web en la que practicar. La apunto en la agenda como si fuera una tarea más. Podemos jugar juntas por internet. No es mala idea.

Las dos sesiones siguientes se pasan rápido —¿Será por la ausencia de Ángela?— y llega de nuevo el recreo. Nos sentamos en los merenderos al sol y, mientras almorzamos, hablamos sobre el juego.

—Apúntate al torneo.

Miro a Paula con cara de asombro.

—¿Cómo voy a participar si acabo de aprender?

—Hay distintos niveles entre los participantes. No se te da mal. Con un poco de práctica

puedes llegar lejos.

—¿Tú te vas a apuntar?

Baja la vista hacia el suelo antes de contestar.

—No.

—¿Por qué? Eres buena, ¿no?

—Sí, pero me cuesta concentrarme si hay mucha gente y ruido.

Lo dice con un hilo de voz, como si se avergonzara. Aunque creo que en realidad siente pena.

—Es por, ya sabes.

—El autismo.

—¿Y si se apunta Ángela? ¿No te apuntarías solo para ganarla?

Paula niega con la cabeza.

—¿Tú también le tienes miedo?

—No. Y tú tampoco deberías tenerlo. No te sientas inferior. Eres una reina, como ella. Cuando te lo creas, te irá mejor. Lo verás.

—Es muy fácil decirlo.

—La próxima vez que te haga algo, defiéndete. A este paso te vas a volver invisible.

Me deja sin palabras. Es como si viera más allá, dentro de mi mente y a través de mi ropa. Presiento que si no cambio de tema, voy a acabar llorando.

—¿Te gustaría participar en el concurso de disfraces de Halloween conmigo?

—No me gustan las fiestas, lo siento.

—Había pensado en un disfraz original, como reina de ajedrez zombi.

Paula esboza una sonrisa diminuta. Creo que es la primera vez que la veo sonreír, así que me quedo mirándola hasta que vuelve a sonar el timbre. Dos patios de veinte minutos son muy poco tiempo. ¿De quién fue la idea? Si Ángela no fuera la delegada de mi clase, le sugeriría que alargaran los patios.

Subimos a clase y vemos a Ángela rodeada de sus amigas y otros compañeros. Lleva una venda en la muñeca. Si antes llamaba la atención, ahora mucho más. Sigue siendo la reina del tablero y del instituto.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunta Lucas.

—Ayer me caí patinando sobre hielo. Solo es un esguince. No penséis que me sirve de disfraz, que este año no me voy a disfrazar de momia como el año pasado. ¿Te acuerdas, Lucas? ¡Qué bien lo pasamos en mi casa en la fiesta de disfraces! Los demás no lo sabéis porque no estábais. Este año os invitaré. A todos no, claro, que no entramos.

Me mira fijamente a mí. Ya me dejó claro el otro día que no soy bienvenida en su casa. No hace falta que me lo vuelva a repetir.

—¿De qué os vais a disfrazar, chicos?

—De futbolistas zombis —responde Lucas.

—Yo no os lo voy a decir, quiero que sea sorpresa. Vais a alucinar, ¿verdad, chicas?

Sus amigas solo afirman con la cabeza. ¿No les deja hablar?

—¡Eh, friki! —¿Me dice a mí?— Me ha dicho un pajarito que has estado jugando al ajedrez. ¿Has conseguido hacer jaque mate o te lo ha hecho la autista?

Paula me mira y hace un leve movimiento con la cabeza. Me está animando a defenderme, pero ¿cómo lo hago? No soy igual que Ángela. No me salen las palabras tan fácil. Necesito tiempo para pensar una respuesta. No sé improvisar. Me doy la vuelta. ¿Te he dicho ya que mi estilo es evitar conflictos? (Es una pregunta retórica, de las que no necesitan respuesta).

—¡Friki! ¡Friki! ¡Friki! ¡Friki!

Grita y sus amigas golpean la mesa con las manos. Lo que me faltaba. Me están cantando a mí. ¿Sabes qué? No me importa que me llame friki. A pesar del nudo de mi estómago y de los fuertes latidos de mi corazón, voy a darme la vuelta y a sentarme en mi silla, como si no fuera conmigo.

Vale. No funciona. Ángela me sigue y me canta al oído. ¡No lo soporto! Siento que me hago cada vez más pequeña, como un insecto al que se puede pisar sin problema. Me levanto de un salto y salgo corriendo de clase. Al pasar por el pasillo, apunto mi nombre y el de Ángela en la lista del torneo de ajedrez. ¡Qué buena idea poner un bolígrafo al lado del cartel! Miro a ambos lados del pasillo, cual ladrón después de robar, y me encierro en el baño. Doy gracias porque ningún profesor lo ha cerrado aún. Las lágrimas inundan mis ojos y lloro en silencio. No quiero que me escuchen, no quiero que me vean, solo quiero que me dejen vivir en paz. Martina, ¿por qué te fuiste? Ahora entiendo tantas cosas... Como lo segura que me sentía contigo. No tenías pelos en la lengua. Si Ángela nos decía algo, tú respondías por las dos. Siempre me defendiste. Desde que teníamos tres años y nos empujaban los chicos. Veo pasar imágenes de recuerdos en los que tú me defendías y yo quedaba en un segundo plano. ¡No sé hacerlo sola! Me llevo las manos a la cara. ¿Qué? ¡No tengo manos! ¿Y el maquillaje? ¡Esto es lo que me faltaba! Me acerco al espejo y no veo mi reflejo. Imagina mi cara. Mandíbula desencajada y ojos totalmente

abiertos. Así la veo yo en mi mente. ¡No! grito para adentro. Sí, chillar sin emitir sonido es una nueva modalidad de grito. Ahora no me sirven ni el maquillaje, ni los guantes, ni la ropa. Me he vuelto completamente invisible. Si salgo del baño no me verán. Si entro en clase tampoco. La pregunta es: ¿cuánto va a durar? No quisiera estar en clase y de repente aparecer de la nada. ¿Llamarán los profesores a mis padres por no estar en clase? ¿Y qué hago al llegar a casa? ¡Oh, no! ¡Menudo lío se puede crear! Van a pensar que me han secuestrado. Saldrán en las noticias diciendo: “Silvia, vuelve a casa. Te queremos”. Incluso ofrecerán un rescate. ¿Y cómo explico que siempre he estado aquí? No puedo decir la verdad, o me llevarán los científicos para estudiarme. Vamos, Silvia, piensa en una solución rápida.

No puedo. Tengo la mente en blanco.

Se abre la puerta del baño y escucho a Teresa y a Ángela.

—Aquí tampoco está. Menuda la que has liado, Ángela. A ver qué hacemos si no la encontramos.

—Yo no quería...

Me sorprende su preocupación. Seguro que está fingiendo delante de nuestra tutora.

—¿Por qué tratas así a Silvia? Recuerda lo que te pasó a principio de curso con esas chicas de tercero que se metían contigo. ¿Por qué haces tú lo mismo con ella?

No responde. ¿Ángela se ha quedado sin palabras? ¡Los milagros existen! ¡Qué pena no ver su cara en estos momentos! ¿Estará triste? ¿Avergonzada? Noto un picor en la garganta. No quiero toser, no quiero toser, no quiero to...

—¡Cof, cof!

Me tapo la boca con las manos.

—¡Silvia! ¿Estás ahí? ¿Te has metido en el baño estropeado?

Sí, me encuentro en el típico baño “fuera de servicio”. He pensado que así nadie intentaría abrirlo. Se acercan sus pasos.

—¿Te has subido a la taza? No vemos tus pies por debajo de la puerta.

El que no me vean es un problema, pero por lo menos saben que estoy aquí. No me han secuestrado ni me han abducido los extraterrestres.

—Venga, Silvia, sal y arreglamos las cosas.

—No puedo salir.

—Ya entiendo. Estás encerrada. Espera un poco. Ángela, baja a conserjería y que avisen al de mantenimiento.

Escucho pasos alejarse.

—¡No!

—¿Cómo que no? ¿No quieres salir?

No tengo excusas ni argumentos.

—Silvia, sé que lo estás pasando mal, pero la solución no es esconderse ni huir. Te lo digo yo, que lo tuve que aprenderlo en el instituto, como tú. A mí me encantaba leer, igual que ahora, y los de mi clase me llamaban empollona y cuatro ojos, porque llevaba gafas. Mi afición era devorar las novelas de la biblioteca de mi pueblo y mis iguales no lo entendían. Sufrí mucho. Yo no comprendía por qué me insultaban si yo no les había hecho nada. Es injusto, lo sé. Nos toca defendernos ante los que creen que son “normales” y se meten con los “diferentes”. Por eso me molestó tanto aquella vez que Abdel dijo que solo tenía amigos normales. No existe lo normal. Os lo dije. Todos somos únicos e irrepetibles. Ni siquiera los gemelos son iguales. No es justo que nos falten al respeto por eso. No es justo lo que Ángela te ha hecho y tendrá sus consecuencias. Tú también puedes meterte con su pelo o con sus botas de plataforma, pero no lo

haces. ¿Sabes por qué? Porque eres más fuerte que ella.

—No, yo no sé...

—Los que se meten con otros se creen superiores, pero es un espejismo. Por dentro son inseguros y necesitan que les hagan caso para sentirse bien. Ángela solo busca atención, pero de una manera equivocada.

—¿Y qué puedo hacer?

—Hazte valer. Dile que no te trate así. Pon límites. Ella los necesita y tú también. Aunque no lo veas, ambas os necesitáis. Las dos sufrís, aunque de manera diferente.

Ahora me arrepiento de haber apuntado a Ángela en el torneo. En cuanto pueda salir, lo borraré. La puerta exterior del baño se abre. Supongo que es Ángela.

—El de mantenimiento viene en diez minutos.

—Bien. Voy un momento a controlar la clase. Ahora vuelvo.

Se escuchan alejarse los pasos de Teresa. Silencio al otro lado. ¿Está Ángela? ¡Qué raro que no diga nada!

—Silvia, déjate de tonterías y sal de una vez. Estamos perdiendo el tiempo.

Poco ha durado la paz. ¿Dejarme de tonterías? ¡No puedo salir aún! Cierro los ojos. Espero que al abrirlos esto sea una pesadilla y pueda volver a empezar el día. Abro los ojos. Sigo siendo invisible y me encuentro encerrada en el baño del instituto. Esto es real. Bueno, ha llegado el momento de despedirme de todos vosotros. Aquí yace Silvia, la chica que no sabía defenderse. Hago un llamamiento al planeta Tierra: ¡trágame, por favor!

—Silvia, no tenemos todo el día. No seas tan friki.

Una energía desconocida asciende desde mis piernas hasta mi garganta. Siento que puedo volar. Lleno mis pulmones de aire y me preparo para soltar todo lo que he estado aguantando estos días.

—¡¡Ángela, lárgate y déjame en paz!! ¡No te soporto más!

Es una sensación liberadora. Creo que sé cómo se siente un superhéroe. Sin embargo, no percibo nada al otro lado. ¿Lo he dicho, no? ¿O solo lo he pensado?

—¡Ángela, te he dicho que me dejes en...!

—Perdón —dice con un hilo de voz.

Vale, sí, el mensaje ha llegado.

—Ángela, dilo más alto —le pide Teresa.

¿Estaba Teresa? ¿Me ha escuchado?

—Silvia, perdón. No volverá a suceder.

Trago saliva. ¿Y ahora qué? ¿Nos damos las manos y somos amigas?

—Muy bien, chicas. Ahora llegará el de mantenimiento y te abrirá la puerta.

Me temo que no puedo salir. No en estas circunstancias. Miro la cerradura de la puerta y no puedo creer lo que veo. ¡Es mi reflejo! ¿He recuperado todo? Me subo la camiseta y veo mis brazos, pero no mi estómago. Genial. Abro la puerta y salgo. Teresa me mira con el ceño fruncido. ¿Qué pasa ahora?

—¿Cómo has abierto la puerta? ¿No estaba atrancada?

Alzo los hombros.

—Bueno, es igual, vamos a clase.

Teresa sale la primera y Ángela me mira con cara de pocos amigos. Creo que la guerra continúa, pero ahora soy más fuerte.

Al volver a clase, todos nos miran serios. Yo intento caminar con la cabeza bien erguida. Tengo que transmitir fortaleza, ¿no? Esa es la idea. Paula tiene la vista fija en mí. Le sonrío y ella afirma con la cabeza. Nos entendemos sin palabras, como me pasaba con mi mejor amiga. El día que consiga contactar con ella y le cuente todo esto, no me va a creer.

—¿Qué pasa con vosotros? ¿A qué viene llamar friki a una compañera?

—Igual no le importa —dice Marc.

¿Te acuerdas de que Marc es hiperactivo? A veces dice cosas que no quiere decir. Espero que esta sea una de esas.

—Marc, por favor.

—Perdón.

—Lo que ha sucedido en esta clase no está bien y no se puede repetir. ¿Está claro? Ángela ya ha pedido perdón a Silvia. Ahora os toca al resto.

Me piden perdón uno a uno. Me siento como una reina a la que todos adoran. Solo les falta hacerme una reverencia. Vale. Las cosas se están solucionando. ¿Hasta cuándo? No me fío de Ángela. Está demasiado callada.

Hemos corregido un par de ejercicios y después ha llegado la hora de valores. Elena nos pregunta sobre nuestros proyectos y volvemos a ponernos en parejas. Tengo ganas de hablar con Paula y contarle lo del torneo. Me levanto y me siento con ella.

—He hecho una locura, Paula —le susurro al oído.

Ella sigue mirando el papel. Se expresa tan poco con la cara que es difícil entender lo que está pensando.

—Me he apuntado al torneo.

Mueve las manos. Parece contenta.

—Eso no es todo.

Ahora me mira de reojo.

—He apuntado a Ange también.

No termino su nombre, por si, a pesar del ruido, alguien nos escucha. Paula no dice nada, supongo que mi tono de voz no transmite mucho optimismo.

—Quiero borrar los nombres a la salida.

—Bueno, entonces hay solución.

—Sí. No sé qué me ha pasado, estaba tan enfadada que he querido poner su nombre y después he puesto el mío pensando que podría ganarle. ¿Te lo puedes creer? No sé en qué mundo vivo.

—Silvia, tú puedes ganarle. No borres los nombres. Esta tarde quedamos y jugamos en línea. El torneo es la semana que viene. Te da tiempo de mejorar.

—Ella no va a querer jugar. En cuanto sepa que está en el torneo, va a negar haberse apuntado. Odia a los frikis. No va a jugar con frikis.

—Lo tiene merecido.

Paula es directa y no teme a nadie. Me encanta. A veces me recuerda a Martina.

A las dos y veintitrés empezamos a recoger. Ponemos las sillas sobre las mesas y esperamos a que toque el timbre para salir. No sé qué hacer con el torneo. Paula insiste en que deje los nombres, pero no lo tengo claro. ¿Por qué soy tan indecisa? Ángela espera la primera al lado de la puerta. Desde que hemos vuelto a clase no me ha mirado. Me gusta la sensación de tranquilidad, pero no acabo de fiarme. Creo que trama algo y no quiero llevarme ninguna sorpresa desagradable.

Al fin toca el timbre. Los dos minutos se me han hecho eternos. ¿Por qué a veces el tiempo pasa rápido y otras veces es tan lento? El pasillo se llena de gente y de ruido. Paula y yo nos quedamos las últimas y al pasar por donde estaba el cartel, no creo lo que ven mis ojos.

—¿Han quitado el cartel?

—Se lo habrán llevado. Creo que el último día para apuntarse era hoy.

—No puede ser. Esto es una pesadilla. Cuando se entere... El director es amigo de su padre. Si le enseña el cartel reconocerá mi letra. Estoy metida en un buen lío.

Siento que mi estómago se cierra y el corazón vuelve a latir con prisa. La última vez que me pasó, desaparecí por completo. ¿Qué puedo hacer? No quiero asustar a nadie.

—Esta tarde jugamos y hablamos sobre el torneo. Si quieres borrarte, el lunes hablamos con Teresa.

Le agradezco su apoyo camino al autobús. Cuando cruzamos el patio apenas quedan alumnos en el recinto. Algún día llegaremos tarde y el autobús se habrá marchado.

—¿Pero qué te pasa hoy? Estamos a punto de irnos. A la mañana casi no te montas y ahora igual. Aunque sea viernes, el bus no espera.

María, la cuidadora, es muy directa también. Nos montamos en nuestro sitio. Paula saca sus tapones y se acurruca. Necesita descansar. Pego la cabeza al respaldo del asiento y paso el trayecto observando el paisaje. Intento no pensar en nada, pero las palabras torneo y Ángela revolotean por mi mente sin cesar.

Cuando llego a casa me encuentro el dibujo del extraterrestre en mi sitio de la mesa. Odio a mi hermano. Caliento la verdura y me siento a esperar. Al rato escucho el sonido de la puerta del garaje. Es mi madre. ¿Le habrá llamado Teresa? Me saluda cariñosa mientras deja la compra sobre la encimera de la cocina. Creo que no sabe nada.

—Silvia, ¿dónde has estado? Estás morena.

Lo que me faltaba. El efecto de la crema autobronceadora se nota ahora que estoy recuperando mi visibilidad. ¿Por qué me sale todo al revés?

—Será del patio, hoy nos ha dado el sol.

Mentira piadosa.

—¿A tu nueva amiga y a ti? ¿Cuándo va a venir?

—Hemos quedado para jugar al ajedrez por internet.

—¿Por internet? Ten cuidado con los juegos, no hables con nadie excepto con ella. Ayer dijeron en la televisión que gente mayor crea perfiles falsos haciéndose pasar por adolescentes y luego secuestran a chicas y... bueno, no hables. Si alguien contacta contigo, me lo dices y lo denunciaremos.

—No te preocupes, mamá.

De pronto irrumpe mi padre, serio. ¿Y ahora qué pasa?

—Silvia, ¡ya está bien!

¡Ay! Se acerca una bronca y desconozco la razón.

—He hablado con tu tutora. Me ha dicho que una compañera te ha insultado y que te has

encerrado en el baño. ¿Es cierto?

Miro a mi madre. Después a mi padre. Les pongo cara de corderito. Ellos me miran con caras de rinocerontes furiosos. Lo que de pequeña les hacía gracia, ahora no me funciona. De acuerdo. No más corderitos. ¡No sé qué cara poner!

—Una Martínez como tú no puede salir corriendo. A mí me temían en el instituto. Recuerda que el insti es la selva y que solo vencen los más fuertes.

Levanta los brazos apretando los puños, como si hiciera pesas. Sus películas favoritas son Rambo y Rocky. Con eso te lo digo todo.

Ahora se acerca mi madre.

—Déjate de películas, por favor.

Después, me coge de las dos manos.

—Cariño, no hace falta pegar a nadie —remarca las últimas palabras y mira a mi padre con cara de pocos amigos—. Hay que dialogar. Defender tu postura, como hago yo en los juicios. Somos humanos, por algo tenemos lenguaje e inteligencia. No nos comportamos como animales. El instituto no es la selva. Es la civilización que nos ha costado miles de años crear. ¿Tan difícil te parece decirle a esa chica que no?

Alzo los hombros. ¿Es una pregunta retórica? No sé qué responder y presiento que ninguna opción es correcta. Está siendo más difícil que un examen de matemáticas.

—Venga, vamos a entrenar —añade mi padre.

—¿Entrenar? —pregunta mi madre.

—Tranquila, me refiero a enseñarle a decir que no. Sin violencia.

Ella sonríe.

—Dime una situación en la que te haya hecho daño.

—Le quitaron la llave de su taquilla y apareció en mi estuche.

—¿Y te quedaste callada?

Asiento y mi madre frunce el ceño antes de hablar.

—Mírame y grábate esto: nunca te quedes callada ante una injusticia de ese calibre. ¿Está claro? No le des poder sobre ti. Si te quedas callada, seguirá haciéndolo. Defiéndete y di rotundamente que tú no has sido. Seguro que te creen. Repítelo para ti misma: “no tienes poder sobre mí”. Te dará fuerzas. Dime otra situación.

—Me llamó friki delante de todos.

—Déjame a mí —pide mi padre—. Ahí te levantas, te acercas a ella y le dices muy enfadada: “no me llames así más”. Dale miedo.

—Bueno, no hace falta llegar a ese extremo. También puedes acudir a un profesor.

Me están volviendo loca entre los dos.

—Y lo más importante de todo... —dice mi madre—. Cuéntanoslo para poder ayudarte. Recuerda que no estás sola. Además, todos somos diferentes. Apréndete esto: eres única, y ese es tu poder.

Lágrimas, volved a vuestra casa. Me siento más fuerte y liberada. El día de hoy ha sido intenso. Además, después de comer voy a jugar al ajedrez con Paula. Casi se me había olvidado mi pequeño dilema. ¿Qué hago con el torneo? Voy a perder, eso es seguro. Y no quiero que Ángela me gane. Ojalá pudiera jugar Paula. Ella sí podría hacerse con la victoria. ¿Y si le pido que juegue por mí? ¿Lo haría por una amiga? Se supone que los amigos están para ayudarse y eso es lo que somos ahora, ¿no?

“He pasado todo el fin de semana jugando al ajedrez en línea. No sabía que fuera tan fácil. He subido de nivel en el juego y he derrotado dos veces a Paula. Cree que estoy preparada para jugar contra Ángela, pero con solo imaginarlo me tiembla todo el cuerpo y temo seguir desapareciendo. Además de jugar al ajedrez he pensado en la invisibilidad y creo que me pasa cuando no me defiende. Necesitaría probarlo para estar completamente segura. No sé si incitar a Ángela o cómo hacerlo. Si le hago algo y se lo cuenta a Teresa, la bronca será para mí. ¿Espero a que ella se meta conmigo? ¿Y si lo hago en el autobús? Martina, ¿por qué no contactas conmigo? Te echo tanto de menos...”.

Cierro el diario. Es lunes y el autobús no espera. Me visto rápido y bajo a desayunar. Mi madre sonríe y levanta el brazo con el puño cerrado. Bebo el vaso de colacao en un minuto y me pongo de pie.

—¿Te pongo un bocadillo de jamón para almorzar? Necesitas energía extra para luchar contra las fieras.

Se ha levantado graciosa hoy.

—¿No decías que el instituto no es la selva?

—Solo quiero animarte. ¿Entonces lo quieres de jamón?

—Mejor chorizo.

Lo digo por llevarle la contraria. No tengo problemas con la comida. No como mi hermano, que no le gusta casi nada. A todo esto, ¿por qué no ha bajado aún? Él suele madrugar más que yo.

—¿Dónde está Asier?

—Está dibujando en su cuarto.

No sé qué cara he puesto, pero mi madre me mira enfadada.

—¿Por qué pones esa cara? Sabes que le gusta dibujar...

—Es que ayer me hizo un dibujo. —No sé qué adjetivo escoger—. Muy feo.

—No seas tan dura con él. Es más pequeño. No puede dibujar tan bien como tú.

Cojo el bocadillo y salgo por la puerta. Miro el reloj. Faltan diez minutos para que el autobús se marche. A medida que me acerco, veo una silueta grande y ancha. Es Adelaida. Ha regresado. No sé si es motivo de alegría, porque no me defiende como la otra cuidadora. Aunque, pensándolo bien, es justo lo que necesito para comprobar mi invisibilidad.

—¡Buenos días!

Grita como un militar. Si el instituto parece la selva, esta mujer acaba de llegar del ejército.

—Adela, ¿qué tal? ¿estás mejor?

Esa voz pelota pertenece a Ángela. Me giro y me dedica una mirada asesina. Mi abuelo decía: “si las miradas matasen...”. Mis padres estarían preparando mi funeral ahora mismo.

Subo al autobús. Necesito que alguien se meta conmigo, pero no sucede. Parece el mundo al revés. Mi padre dice que según la ley de Murphy, “si algo puede salir mal, saldrá mal”. Su taza

de desayuno está decorada con esa frase. El tal Murphy debía de estar muy gafado, como yo. Ángela pasa por mi lado sin percatarse. ¿Y si me he vuelto invisible de nuevo? No, mis manos tienen color y hoy no me he puesto maquillaje. El viaje se me hace muy largo sin Paula. Además, fuera llueve y el cielo está demasiado cubierto. Se avecina un lunes triste y gris.

Al bajarme del autobús veo a Paula con su madre. La ha traído en coche. Me acerco a saludar.

—¡Paula!

Su madre me mira sonriente. No se parece a su hija.

—Tú debes de ser Silvia, su amiga. —Me ofrece su mano y le doy la mía—. Encantada. Paula nos ha hablado mucho de ti.

¿Mucho? Aquí no habla tanto. Solo lo pienso, no lo digo. Se despide de nosotras y se monta en el coche. Mientras cruzamos el patio del instituto, hablo con Paula sobre las jugadas del fin de semana.

—Tenías razón. El ajedrez no es tan difícil.

—¿Qué vas a hacer? Mañana es el torneo.

—Aún no lo sé. No creo que Ángela se haya enterado de que está en la lista.

—Si no se presenta, ganas tú. ¿Lo sabías?

Me paro justo en la entrada al instituto, frente a la conserjería. Si no se presenta, gano. Es una buenísima noticia. ¿O no?

—¡Vamos, chicas! ¡Subid a clase o llegaréis tarde! —nos dice la conserje.

Tiene razón, apenas se ve gente por el pasillo y las escaleras. Saco de mi taquilla el cuadernillo de lengua y entramos a clase. Teresa acaba de llegar, pero no nos dice nada. Espero que no tenga en cuenta nuestro retraso. No quiero darles más disgustos a mis padres. Cuando ponen cara de rinocerontes furiosos, dan miedo.

Teresa me pide que me siente con Paula. Tenemos que trabajar por parejas. Mientras lo hacemos, Paula gira la cabeza hacia mí.

—Mi madre quiere que me disfrace contigo.

Es una excelente noticia, aunque ella no lo cuenta con demasiada alegría.

—¿Puedes hacerme un favor?

Sé que es importante para ella, porque hace el esfuerzo de mirarme fijamente a los ojos.

—Ayúdame a parecer normal.

Me sorprende su petición. Como la escuche Teresa, nos cae una buena. "No hay nadie normal".

—Mírame, se nota demasiado que soy diferente. ¿Qué puedo hacer?

—A mí me gusta como eres.

Lo digo sin pensar y me alegro, porque Paula esboza una diminuta sonrisa. Sin embargo, no dice nada. Parece esperar algo más.

—Vale, te puedes recoger el pelo con un moño alto y sacar dos mechones de flequillo. Te quedaría bien. Quieres vestir como... —señalo con la cabeza a las *vips*.

—No, no tanto como ellas. Solo quiero parecerme más a ti.

No sabe lo que dice. Mi vida es un caos. ¿Alguien quiere parecerse a mí? ¿En serio? Ni repitiéndomelo mil veces me lo creería.

—Esta tarde quedamos en mi casa. No vale decir que no. Te enseño mi ropa, algunas combinaciones, preparamos el disfraz para mañana y jugamos unas partidas al ajedrez. Mi madre se va a poner muy contenta, bueno y yo también.

—¡Chicas! ¡A trabajar! —Teresa nos llama la atención.

—Esta tarde a las cinco en mi casa —le susurro—. Déjame la agenda.

Me la pasa y yo le escribo mi dirección. Mi madre se alegrará cuando lleve a Paula a casa.

¿Debería advertirle de su autismo? Si no lo hago pensará que es muy tímida. Si la intenta abrazar o besar, tal vez se sorprenda porque no le gusta el contacto. No sé qué hacer. Paula señala el cuadernillo de lengua. Tiene razón. Es hora de trabajar.

—Voy a explicaros las actividades de mañana. Se celebra Halloween y hay un torneo de ajedrez, parchís y mus. Habrá chocolatada en el segundo patio y la entrega de premios de los torneos se hará durante el baile. Recordad que también hay concurso de disfraces. Podéis presentaros por grupos, parejas o de forma individual. Suman puntos los disfraces más originales y los que se elaboren con materiales reciclados. La fiesta será en el polideportivo. Habrá clase normal las cuatro primeras sesiones y el baile será las dos últimas.

Se arma un pequeño revuelo en clase con comentarios sobre los disfraces. A pesar de que Ángela habla con sus amigas en código, nos hemos enterado todos de su idea. Creo que se van a disfrazar de princesas zombies. Han utilizado palabras como Disney, traje, corona y mermelada de frambuesa. Después levanta la mano para intervenir.

—Teresa, ¿hay un premio por clase?

—Gracias, Ángela. Casi se me olvidaba. Había un premio por nivel. Es decir, uno para primero, otro para segundo, otro para tercero y otro para cuarto. El alumnado de Bachillerato no participa.

—¿Y a qué hora se juega al parchís? —pregunta Abdel.

—Me han pasado una lista con los inscritos a los diferentes torneos que se llevarán a cabo después del primer recreo. Solo saldrán de clase los participantes. El resto se queda con el profesor que toque.

—¿Traemos la mochila?

—Sí, en principio hay clase, pero haremos actividades más lúdicas o de repaso.

Teresa coge un papel y lee. Aquí es cuando empiezo a temblar. ¿Nombrará a Ángela? ¡Ay!

—Inscritos al torneo de parchís: Abdel, Hamza, Amaia, Rebeca y Vanesa. Inscritos al torneo de mus: ninguno. Por último, inscritos al torneo de ajedrez: Silvia y —A ella también le cuesta creerlo— Ángela.

La clase enmudece y todos los ojos se dirigen hacia la líder. Ella se mantiene impassible al principio, después sonríe. Me gustaría saber qué está pasando por su cabeza. No creo que esté contenta, pero no muestra sus emociones. Se controla demasiado. Es Teresa quien corta la tensión que se ha generado.

—Bueno, pues esto es todo. Ahora, seguid trabajando. Corregimos en cinco minutos.

Noto la mirada de Ángela sobre mí. ¿Imagina que he sido yo quien la ha apuntado? ¿Me mira así para intimidarme? ¿Cree que va a ganar? Ojalá saberlo.

Ha sido idea de Paula que me enfrentara a un jugador de ajedrez desconocido en la sala Urbasa del instituto. Es un chico moreno, de gafas, creo que de cuarto curso. No sé cómo se llama porque ni siquiera me ha dirigido la palabra. Sus movimientos han sido rápidos y premeditados. A mí aún me tiemblan los dedos cuando cojo las piezas. ¿Qué pasará mañana? No puedo quitarme la idea del torneo de la cabeza.

De regreso a clase, me encuentro a Ángela en el centro del aula, como de costumbre. Y también, como de costumbre, acapara la atención del resto. No sé cómo lo ha conseguido, pero todos le están enseñando sus bocatecas, las telas en las que metemos los bocadillos para almorzar.

—Tú no, tú no, tú no... —les dice después de olfatear los envoltorios como un perro.

Paula y yo nos sentamos y sacamos el libro de Biología. Estamos aprendiendo la geosfera y nos toca un simulacro de examen. Es decir, una prueba que no cuenta para nota, pero sí para saber en qué fallamos y qué tenemos que mejorar. Quiero darle un repaso rápido al tema antes de que llegue el profesor.

—¡Silvia y Paula! —nos grita Ángela—. ¡Sacad el bocateca! Esta clase apesta a chorizo y necesito saber quién ha sido.

Puedo tomármelo como un nuevo ataque o como una oportunidad para defenderme. Me viene a la cabeza la charla con mis padres y la palabra “selva”. Ojalá apareciera un rinoceronte y se llevara a la delegada de mi clase enganchada en sus cuernos. Se convertiría en mi animal favorito. Sería capaz incluso de tatuarme uno.

—¡Silvia y Paula! No tenemos todo el día.

Me levanto y me acerco a ella. A pesar del miedo, intento transmitir seguridad en cada paso que doy. Paula, ayúdame. La miro de reojo. Sigue sentada en su silla absorbida por la lectura. ¿Cómo puede concentrarse en estos momentos? Bueno, allá voy:

—He sido yo.

—¿Tú?

Odio las preguntas retóricas y el incómodo silencio que queda después.

—Sí, yo. —Mi padre me dijo que no me quedara con la palabra en la boca. Que me defendiera—. ¿Pasa algo?

De pronto me siento acosada por dieciocho pares de ojos. Mis compañeros parecen estatuas. Nadie se atreve a moverse. Dudo que sigan respirando. Ángela tampoco contesta. Parece que se ha quedado sin palabras. Me mira con los ojos achinados, como si me viera borrosa. ¡Oh, no! No puede ser. ¿Soy invisible? Espero que no. Si alguien perdiera la visibilidad frente a mí, gritaría y saldría corriendo presa del pánico, no me quedaría mirándole como si fuera un bicho raro.

—Mira guapa, soy la delegada de la clase y mi trabajo es mantenerla limpia y ordenada. El olor a chorizo no ayuda en eso. ¿Quién trae chorizo para almorzar? —Levanta los brazos como si su pregunta fuese una absoluta locura y busca a su siguiente víctima—. Tú no, verdad, ¿Abdel?

Ambas lo miramos y él se limita a negar con la cabeza. Claro, él es árabe, no come

chorizo. Nadie se atreve a llevarle la contraria a Ángela. Puede que el instituto no sea la selva, pero a veces la justicia brilla por su ausencia.

—Cada uno puede traer lo que le apetezca.

Me giro y observo cómo Paula se me acerca.

—Mirad, paso de vosotras.

Ángela se ha rendido. No me lo creo. Me siento ligera y feliz.

Empezamos la clase. Disfruto de la dulce sensación de victoria hasta que el profesor pregunta el nombre de un mineral que nos muestra. Parece un pedazo de carne roja.

—Este mineral se llama Silvina.

Ángela levanta la mano.

—¿Viene de Silvia? ¡Porque se parece al chorizo que ha comido para almorzar y que ha apestado la clase entera!

Todos rompen a reír. Sus carcajadas se me clavan como estacas en el corazón. Siento un escalofrío interno y temo perder de nuevo la visibilidad. Si esto fuera la selva, ¿qué haría? Atacar o salir corriendo. Tic, tac, tic, tac. No tengo mucho tiempo para pensar y observo cómo el color de mis manos comienza a desaparecer. Tengo que defenderme, si no quiero que los científicos me encierren para estudiarme. Me armo de valor, cojo aire y repito en mi mente “no tienes poder sobre mí” antes de soltar un rotundo:

—Ángela, déjame en paz.

Abre la boca con cara de indignada y yo siento que floto de felicidad. Sin embargo, no sonrío. Trato de controlar la situación y de mantenerme seria.

—¿Yo? ¡Pero si no te he hecho nada! Solo he dicho una realidad. Ese mineral se parece al chorizo.

—Basta ya, chicas. Ángela tiene razón —añade el profesor—. Parece un trozo de carne. Recordad que tenéis que estudiar los veinte minerales que hemos trabajado para el examen. Y ahora, separar las mesas. Disponéis de treinta minutos para responder las preguntas de la prueba. Después las corregimos.

Mis manos han recobrado su color. Al fin puedo controlar mi invisibilidad. Lo que no entiendo es por qué mi estómago sigue igual.

Agradezco que el día haya transcurrido rápido y sin más incidentes. La profesora de inglés nos indica que recojamos las cosas y en menos de un minuto salimos por la puerta. Paula viene conmigo. Salir juntas se ha convertido en una costumbre que agradezco. Al final no ha sido tan difícil encontrar a alguien con quien estar. No sé si somos mejores amigas, eso ya se verá, pero la sensación de soledad ha disminuido.

—Esta tarde preparamos las coronas de las reinas del ajedrez.

—¿Nos disfrazamos de reinas?

No entiendo la pregunta de Paula.

—Claro, te lo dije el otro día. ¿No lo recuerdas?

—No entiendo bien las bromas. A veces creo que algunas cosas lo son y no me las tomo en serio. Perdóname.

—No te preocupes. La idea es ir una de blanco y otra de negro. ¿Tienes un vestido de alguno de los dos colores?

—Creo que sí. ¿Y la corona?

—Mi madre ha comprado goma eva para hacerlas. Cuando vengas a mi casa traes la ropa y nos lo probamos todo.

Me paro unos metros antes de llegar al autobús. No creo lo que veo.

—¿Esa de ahí es Ángela? ¿Está hablando con un chico mayor?

Paula alza los hombros. Cuando le miro a la cara, me sigue sorprendiendo que su rostro no muestre emociones. Ángela está tramando algo. Algo malo, seguro. Nos montamos en el autobús y vemos desde la ventana cómo el chico le da un objeto negro pequeño. Estamos lejos para saber de qué se trata.

En cuanto llego a casa subo a mi cuarto y me cambio de ropa. Lo primero que hago es ponerme el body negro. No quiero que se me olvide y que Paula vea que me falta el estómago. Después enciendo el teléfono móvil. Mientras me caliento la comida, oigo el sonido de un mensaje. ¿Será Paula? Cuando me acerco y lo desbloqueo, me pongo a gritar como una loca. Es Martina. Por fin da señales de vida. Buf, tengo tanto que contarle que no sé por dónde empezar. Abro el mensaje y leo su contenido: “Disculpa por no haberte escrito antes. Esto es tan diferente... No te haces una idea. Después te hago una videollamada. Ahorita me voy al instituto. Te echo mucho de menos”. Mis ojos se humedecen. No es tristeza, es alegría mezclada con nostalgia y tranquilidad. Siento que el estómago se me ablanda. No sabía que lo tenía encogido hasta que esto ha sucedido. Corro hacia el baño, me bajo los pantalones y me desabrocho el body. ¡Sí! Vuelvo a ser visible. ¡Qué ilusión!

—Cariño, ¿has gritado?

Mi madre y su poder de aparecer cuando menos lo esperas. No entiendo cómo no se ha enterado de mi invisibilidad. Ha sido un verdadero milagro.

—¡Martina me ha escrito!

—¡Qué buena noticia! ¿Y qué tal con Ángela? ¿Te ha dicho algo más?

—No le gustaba el olor a chorizo de mi bocadillo y me he defendido.

—Muy bien. Así me gusta. ¿Esta tarde hay que preparar los disfraces para mañana. Tu hermano quiere ir de hacker. ¿Desde cuándo los hackers son personajes de Halloween?

—Vale cualquier cosa que de miedo.

—¿Y un hacker da miedo? ¡Menudas modas tenéis hoy en día!

Nos dirigimos a la cocina y en cuanto nos sentamos a comer, escuchamos a mi padre silbando por las escaleras.

—¿Qué tal está mi leona?

Lo miro con cara de pocos amigos.

—Si el león es el rey de la selva, la leona es la reina, ¿no? ¿No te vas a disfrazar de reina?

—Sí, pero de reina zombi.

—Perdón, por favor, oh, alteza, perdóneme la vida —dice agachado.

Continuo mirándolo con el ceño fruncido. No sé qué pasa hoy, pero me gusta el buen humor que se respira a mi alrededor. Seguro que, como decía mi abuela, “viene alguien y lo jode”. Solo falta mi hermano. Con eso lo digo todo.

Paula es muy puntual. A las cuatro y cincuenta y nueve minutos suena el timbre de mi casa. Me asomo por la ventana y reconozco el coche. Mi madre sale a recibirla. Yo tardo un poco más, pues estoy en mi habitación. El olor a bizcocho o magdalenas sube hasta mi cuarto y, qué puedo decir yo, es delicioso. Cuando llego abajo, mi madre ya se ha presentado y habla con la madre de Paula. No se conocían de antes, pero parece que se caen bien. Ojalá sea así y sirva para que mi nueva amiga venga más veces a mi casa o vaya yo a la suya. Las madres charlan sobre recetas de repostería y Paula me enseña la bolsa con el vestido. El suyo es negro.

—Yo me pondré el blanco —le digo.

Ya no necesito el body negro, pero por si acaso me lo llevaré. No quiero que el vestido blanco se me transparente y vuelva a ser el hazmerreír de la clase o del instituto entero.

—¿Te apetece merendar, Paula? —pregunta mi madre.

Ella no dice nada.

—Nos vamos a mi habitación y luego comemos algo —respondo de su parte.

Espero que no le importe, pero estoy tan nerviosa que necesito probarme el disfraz, acabar la corona y jugar un par de partidas más antes de que llegue el torneo. El corazón me late a cien por hora, pero es una sensación diferente. Es como si tuviera miles de mariposas recorriendo mi cuerpo. Una mezcla de ganas y de emoción.

Al contrario de lo que creía, Paula se interesa por mi cuarto. Observa cada detalle con los ojos abiertos de par en par. Después, se quita la chaqueta y abre la bolsa. Saca su vestido negro y se lo coloca encima de la camiseta de manga larga azul marino. Le llega hasta las rodillas. Abro mi armario y saco el mío. Nos acercamos al escritorio y cortamos dos tiras largas de goma eva, una de cada color. Rodeo su cabeza con la negra y grapo los extremos. Ella hace lo mismo con la blanca sobre mi cabeza. Después, recortamos círculos de ambos colores y los pegamos en las dos coronas. Nos volvemos a mirar en el espejo. Me gusta lo que veo. Mañana, con la sangre artificial, daremos miedo.

De pronto suena mi teléfono móvil. Es la videollamada de Martina. ¿Por qué no puedo ser tan feliz todos los días? ¿Es por Ángela? Acepto la llamada gritando el nombre de mi amiga del alma.

—¡Silvia!

—¡Martina!

No puedo creer que este momento haya llegado.

—¿Qué tal? —preguntamos a la vez.

—Bien —respondemos al unísono.

Noto que Martina mira a Paula.

—¿Te acuerdas de Paula? Viene a nuestra clase. Mañana es Halloween y nos vamos a disfrazar juntas.

Martina se muestra triste.

—Ojalá pudiera estar ahí con vosotras.

Mis ojos se humedecen. ¿Es la adolescencia o parezco una maraca de emociones? Feliz y triste a la vez.

—¿Qué tal tu nuevo insti?

Martina se ríe.

—¡Es feísimo y muy muy viejo! ¿Y qué tal en clase?

Ha llegado el momento de contar la verdad.

—Ángela está insoportable. Me han pasado muchas cosas desde que tú no estás. Me quitó el almuerzo, me quedé encerrada en los vestuarios, me llamó friki... Mi tía me dijo que escribiera un diario, pero podría escribir una novela.

—¿Una novela? ¿Y cómo se llamaría?

Alzo los hombros. No puedo contarle lo de mi invisibilidad delante de Paula. Creo que me la voy a guardar para mí. Ahora que ya no tengo ese problema, prefiero olvidarlo.

—¿Y tú en clase qué tal? ¿Has hecho amigos?

La cara de Martina me transmite pena.

—Estamos cuarenta en clase. Es muy diferente. Aquí al que no quiere estudiar lo echan del instituto. No dan tantas oportunidades, no hay recuperaciones. Los profesores no nos conocen ni tampoco...

De pronto se congela la imagen.

—¡Martina! ¿Me escuchas? ¡Martina!

Pi, pi, pi, pi... Se ha colgado la llamada. Intento devolverla, pero no hay señal. Suspiro. Solo me queda esperar a que ella pueda llamar de nuevo. Mi estómago ruge. ¡Oh, no! Ahora que ha vuelto a ser visible no quiero que vuelva a desaparecer. Mejor le doy algo de comer. Aún no hemos probado la repostería que ha preparado mi madre.

—¿Bajamos a merendar?

—Vale.

Los rostros de nuestras madres brillan de felicidad al vernos disfrazadas. Qué pena no haberlo grabado o fotografiado. Mi padre se lo ha perdido. Está en el entrenamiento con mi hermano.

—Estáis preciosas —dice Blanca, la madre de Paula.

—Gracias.

Nos sentamos a tomar un vaso de chocolate caliente y bizcocho recién horneado. Siento que aunque me he visto muy sola y triste los días de atrás, por fin vuelvo a ser feliz y es maravilloso. La situación con Ángela está cambiando; y, si trama algo, me siento más fuerte que antes.

—¿Cuándo os disfrazáis? —pregunta mi madre—. ¿Desde la mañana o más tarde?

—Solo las dos últimas horas —contesta Paula.

—Lo vais a pasar genial —asegura Blanca.

Yo no soy tan optimista. No quiero ser la primera eliminada en el torneo. Sé que será difícil ganar, pero no quiero darle más motivos a Ángela para que siga riéndose de mí.

—Paula, ¿vamos a mi cuarto? Tenemos que jugar más.

—Paula, ¿tú también participas en el torneo? —Quiere saber mi madre.

—No. Ella es mi entrenadora. Estará dándome ánimos.

Me adelanto a la respuesta de Paula. Después, subimos a mi habitación.

Se nos pasa la tarde muy rápido, entre juegos, peinados y combinaciones de ropa. Paula aprende rápido. Quiere comprarse unos vaqueros negros como los míos.

A las siete de la tarde llegan mi hermano y mi padre. Justo cuando Paula y Blanca se despiden y se montan en el coche. Asier me hace una extraña señal con las manos, cruzando los dedos entre ellos. Supongo que serán cosas de niños pequeños. Solo nos llevamos dos años, pero somos

demasiado diferentes. No entiendo sus juegos. Sube rápido a su cuarto y se encierra en él. ¿Qué le pasa? ¿Y si él también se está volviendo invisible?

—Papá, ¿qué le pasa a Asier?

—No lo sé. Ha dicho que tiene que terminar un dibujo.

—Mejor voy a su cuarto y compruebo que está diciendo la verdad.

No me fío de mi hermano. Cuando llego a la puerta de su habitación, un cartel llama mi atención. “No entres si eres extraterrestre”. ¿Ya estamos? Toco a la puerta y espero.

—¡No abras! —grita desde el interior.

—¿Qué estás haciendo?

—¡No entres! ¡No entres! ¡No entres!

Cuanto más me lo repite, más ganas tengo de hacerlo. No soporto la curiosidad. Giro el picaporte, pero no consigo abrir la puerta. Él está haciendo fuerza por dentro.

—¡Quítate! ¿Qué haces?

Mis padres aparecen a mi espalda. Es normal, los gritos de este chico no son normales.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta mi padre.

—Asier no me deja entrar.

—¡Abre la puerta! —ordena mi madre.

—¡No!

—Si no lo haces, te vas a quedar sin tablet y sin videojuegos.

Silencio al otro lado. La amenaza de mi padre surte efecto. Escuchamos el clic de la cerradura. Cuando entramos al interior, no puedo creer lo que veo. Ha empapelado su dormitorio con dibujos de naves extraterrestres y alienígenas sin manos. ¿En serio?

—¿Desde cuándo te interesan los aliens? —dice mi madre.

—Desde que mi hermana es una de ellos. Mirad cómo va vestida.

Mis padres y mi hermano me miran. Abro la boca, sorprendida. ¿En serio? ¿Esto es real o es una pesadilla? Respiro hondo y me repito: “no tienes poder sobre mí”.

—Si fuera vosotros, ahora mismo llamaba a urgencias. Este niño está para encerrar.

Me doy la vuelta y me meto en mi dormitorio. Aún no me he quitado el disfraz y no quiero que se estropee.

Llevo despierta desde las cinco y media de la mañana. No puedo dormir pensando en el torneo y en el concurso de disfraces. Sé que debería haber intentado dormir más, que necesito descansar para concentrarme en la partida de ajedrez, pero los nervios me superan.

Abro el armario. Ayer no me preparé la ropa para hoy. Paso las perchas una a una: vestido, no; falda, no; vaqueros, no; leggins... Escojo los leggins oscuros. Me apetece vestir de negro. De pronto el miedo me paraliza. Me viene a la cabeza una imagen de Ángela ganando el torneo y riéndose de mí. ¿Y si no estoy preparada? Las palabras de Paula regresan a mi mente: “no tienes poder sobre mí”. Es cierto.

—No tienes poder sobre mí. No tienes poder sobre mí. Todo va a salir bien.

—Silvia, ¿con quién hablas?

Mi madre, que aparece de la nada, como siempre. Quizá debería ir ella también al médico. En esta familia nos pasan cosas muy extrañas. Mi madre es un fantasma, yo invisible y mi hermano está como una cabra. Perdona, cuando estoy nerviosa me sale un humor pésimo. Necesito hacer algo con este exceso de energía. No sé si saltar, morder a alguien o gritar.

—¡Hablo sola!

—Se nota que estás nerviosa y es normal. Apréndete estas palabras: estás preparada para enfrentarte a cualquiera que se ponga en tu camino. Eres fuerte y valiente. Todo saldrá bien.

—¿Y la ley de Murphy?

—¿Qué?

—La que papá tiene en la jarra de desayuno y que tanto repite.

—¡Silvia Martínez! —Se pone muy seria antes de continuar—. Hazme caso a mí. Tu padre no tiene ni idea.

Se marcha y termino de meter el disfraz en la bolsa. La idea es ir vestida con leggins y una sudadera amplia para jugar al ajedrez. En el patio nos cambiaremos de ropa y nos maquillaremos. Espero que todo salga bien.

Paula se sienta a mi lado en el autobús. Su madre le ha recogido el pelo en un moño rodeado de trenzas. Está guapísima. Me alegro de que haya decidido cambiar y vestir a la moda. Yo llevo mi pelo rubio en la típica coleta alta. Estoy tan nerviosa que no he reparado en hacerme algo diferente.

—Tu peinado mola —le digo.

—Si quieres te lo hago. Me gusta hacer trenzas.

—¡Gracias!

Alguien tose por la parte trasera del autobús. Giro la cabeza y me topo con la mirada asesina de Ángela. Me sonrío. No sé qué quiere decirme, y ¿sabes qué? Ya no me importa. No le tengo miedo. Ya no tiene poder sobre mí. No entiendo en qué momento le otorgué ese poder, pero ya es hora de recuperarlo. El poder es mío. Soy tan importante como ella. Me siento fuerte y libre a la vez. Y me encanta.

Nos bajamos las últimas del autobús. Vuelvo a ver a Ángela con ese chico mayor. ¿Dónde hemos

coincido? Su rostro me resulta familiar.

En lengua nos reparten mandalas sobre acentuación. No me apetece pensar demasiado, pero sin darme cuenta me olvido del torneo y consigo disfrutar de la actividad. La pintura siempre ha tenido el poder de hacerme olvidar lo malo, igual que el baile.

En el recreo nos sentamos en los merenderos. Mientras Paula almuerza su bocadillo, yo no dejo de darle vueltas al chico que hablaba con Ángela.

—¿Y tu almuerzo? —pregunta mi amiga.

—Cuando estoy nerviosa no puedo comer.

Me recuerda al día en el que me desapareció el estómago. Ese día Ángela me quitó el almuerzo y, además, la tristeza y los nervios anidaron en mis tripas. Ahora siento algo similar. No quiero que me suceda lo mismo.

—Silvia, no pasa nada si pierdes.

—¿Y si pierdo contra Ángela? Se reirá de mí otra vez.

—¿Y qué? No le des poder.

Asiento, pero no las tengo todas conmigo. La sirena anuncia el final del descanso y el inicio del torneo. Ha llegado la hora. Suspiro. El corazón golpea fuerte mi pecho y me muerdo el labio inferior. Ahora mismo soy un manojo de nervios.

—Da unos saltos.

—¿Qué? ¿Qué van a pensar de mí?

—¿Y qué más da? Te lo digo para que sueltes los nervios y te centres.

Sigo las indicaciones de Paula. El ejercicio reduce el estrés. Lo dicen en la televisión y es cierto. A pesar de que mi madre diga que todo lo que sale en la televisión es mentira, esto no lo es.

Accedo a la sala Urbasa y busco un profesor. Necesito permiso para ir al baño antes de sentarme a jugar. Quiero mirarme bien de arriba abajo. Me urge asegurarme de que sigo siendo totalmente visible. Paula ha subido a la clase, solo pueden acudir al torneo los alumnos inscritos. Me hubiera gustado que me acompañara para sentir su apoyo.

—¿No has ido al baño durante el recreo? Sabes que no se puede ir ahora.

Me ha tocado el profesor más legal del instituto. Hoy es un día diferente, ¿no?

—No tenía ganas, pero ahora sí.

—Serán los nervios. Relájate.

Insisto y al final me deja las llaves. Hace una semana no me hubiera atrevido, pero mis padres tienen razón. Hay que luchar por lo que uno quiere, y menos mal que lo he conseguido. ¿Quién puede centrarse y aguantar las ganas de hacer pis a la vez? Ni siquiera el propio Gukesh, ganador del mundo de ajedrez, lo conseguiría.

Camino rápido por el pasillo hasta llegar a mi destino. Me tiemblan las manos y me cuesta abrir la puerta del baño. Me suelto el body para hacer pis y después compruebo que mi estómago se ve borroso. ¿Quiere desaparecer de nuevo? ¿Por qué? ¿Serán los nervios? Supongo que después se me pasará. Salgo y regreso a la sala Urbasa. No quiero que el torneo se retrase por mi culpa.

Me toca jugar con alumnos de primero de ESO. He jugado cuatro partidas y he ganado tres. Aún no me lo creo. Ahora estamos descansando mientras los profesores actualizan los listados de contrincantes. Los alumnos hablan de jugadas y hacen apuestas sobre posibles ganadores. Si sigo ganando partidas, las posibilidades de llegar a la final aumentan. ¿Y Ángela? ¿Cómo le habrá ido? Sigue sentada en la silla limándose las uñas. No se relaciona con los demás jugadores.

—¿Qué tal?

Es la voz de Marian. Me giro y la veo sonriente.

—Bien. He ganado tres de cuatro partidas.

—Genial. Sigue así. Me toca quedarme ahora con vosotros. Tengo el listado de las siguientes partidas. Lo voy a colgar en el corcho para que os coloquéis por parejas.

Camino junto a ella. Supongo que me tocará jugar contra Ángela. En este torneo nos enfrentamos todos contra todos. Reviso los nombres y los puntos de cada uno.

—Jugamos la última partida, perdedora.

La voz de Ángela me desconcentra. Sin embargo, no voy a quedarme callada. No ahora que sé defenderme y que me gusta la sensación de hacerlo. Me siento fuerte ante ella. Si tiemblo, es por los nervios del torneo. Nada más.

—Ya veremos quién es la perdedora.

Frunce el ceño y me mira con cara de asesina. Allá ella. Voy a intentar vencer en las próximas partidas para llegar a la final. Por lo que he visto, Ángela y yo tenemos el mismo número de puntos. El torneo está reñido. ¿Quién ganará?

Se ha debido correr la voz de la final del torneo, porque todas las clases de primero de ESO han venido a vernos. Hemos pasado seis, entre ellos, Ángela y yo. No juega mal, creo que tengo posibilidades de ganarle. Del resto prefiero no opinar. Hay un chico de gafas y pelo rizado que juega muy bien. Creo que va a primero F.

La cuarta sesión de la mañana pasa demasiado rápido. Tanto, que no me ha dado tiempo de jugar con Ángela. Eso significa que lo haremos durante el recreo. Y también significa que vendrán más alumnos. De hecho, lo hace el tipo que vimos ayer con ella. El que le dio un objeto negro. No se me ha olvidado su cara. Ahora que lo tengo frente a mí, me doy cuenta de que es el jugador de ajedrez de cuarto de ESO con el que me enfrenté ayer en esta misma sala. ¿Qué relación tiene Ángela con, como ella diría, un friki? Esto huele mal. No a chorizo, sino a trampa. Lo que no sé es cómo podría ayudarle si estamos rodeados de alumnos y profesores. Necesito concentrarme y no mirar más allá del tablero. Prefiero pensar que estoy sola y que es un día cualquiera jugando una partida cualquiera con una persona cualquiera. ¡Ay! Mi corazón se dispara y mis manos tiemblan. ¡Que no desaparezcan, por favor! A todo esto, ¿dónde está Paula, mi salvadora? Necesito que me transmita parte de su tranquilidad.

—¡Déjame pasar!

Escucho su voz acercarse. Por fin las cosas empiezan a salir bien. Empuja a los alumnos que tengo al lado para ponerse junto a mí. Definitivamente, esta chica me gusta. Veo que consigue lo que quiere. Tiene fuerza y personalidad. Y me está enseñando mucho.

Me tiemblan las manos al mover las primeras piezas. Noto la mano de mi amiga sobre el hombro izquierdo. Asiento con la cabeza para agradecerle el gesto. La verdad es que me reconforta. Los movimientos de Ángela no son tan rápidos como pensaba. Paula tenía razón. Al torneo se apunta gente con diferentes niveles y quizá sea casualidad, pero en el grupo de primero de ESO no somos tan buenos.

Llevamos diez minutos jugando y tenemos el mismo número de piezas en el tablero. La partida está reñida. Es el turno de Ángela. Mueve más rápido que antes y hace una jugada muy buena. Necesito un respiro. Paseo la mirada por las caras que tengo frente a mí. Ese chico “amigo” de Ángela lleva una bufanda negra que le tapa la boca y se está poniendo rojo. ¿Está enfermo? Las gotas de sudor le recorren la cara hasta caer en la tela. ¡Qué asco! No entiendo por qué no se quita la bufanda. ¿Y si se desmaya?

—¿Te rindes? —pregunta mi contrincante con su característica voz de pito.

—Nunca.

Mejor me centro en la partida. Miro cada pieza y al final veo una salida. Puedo hacer jaque moviendo la torre. Espero que ella no se dé cuenta y me eche la jugada a perder. Acerca la mano al caballo y en el último momento cambia de pieza y le sale mejor. Aquí hay gato encerrado, pero no encuentro la trampa. Me defiende con el alfil. Después ella vuelve a atacar.

Ángela se hace con la victoria. Ha sido una final reñida, casi acabamos en tablas, empatadas, pero no.

—¡Jaque mate!

Me tapo las orejas con las manos y noto cómo todos a mi alrededor hacen lo mismo. Su chillido se nos ha clavado en el cerebro. La sala Urbasa se vacía poco a poco. Paula y yo nos quedamos solas.

—¿Has visto sus últimas jugadas? Eran muy elaboradas.

Paula también se ha dado cuenta.

—¿Y qué puedo hacer? Me ha ganado delante de los profesores. No hay nada que hacer.

—Creo que ha hecho trampas. Pero no podemos demostrarlo.

—Bueno, aún podemos ganar el concurso de disfraces.

Nos acercamos al baño de la planta baja. Está tan lleno que no podemos abrir la puerta.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Nos metemos al baño de los profes?

—Como nos pillen...

—No nos va a costar mucho.

No puedo creer lo que veo. El cuarto de baño de los profesores está reluciente y tiene mucho más espacio que el nuestro. De hecho, hay lavabo con espejo dentro de cada baño. Es un escondite perfecto. Hay dos baños. Uno para cada una. Me quito la sudadera para ponerme el vestido y saco la corona. De pronto escucho ruidos afuera. Parece la voz de Ángela. Espera. Ahora se escucha a un chico. Hablan sobre la partida, pero no sé qué dicen. Saco mi móvil y abro un poco la puerta para encajar la cámara. No puedo creer lo que veo. Es ella con el chico de la bufanda. Le está devolviendo un objeto negro. Quiero grabarlo, pero temo que me pillen. Mi tía Ana dice que la mente es muy poderosa. Quizá si deseo ser invisible de nuevo, lo consiga y pueda grabarles. Cierro los ojos y recuerdo las veces que Ángela se ha burlado de mí y no me he defendido. Cada escena hace que las partes de mi cuerpo desaparezcan y regrese la sensación de hacerme pequeña y el sentimiento de vulnerabilidad. Ahora que he probado lo contrario, recuerdo lo desagradable que es sentirme así, tan diminuta y vulnerable como una hormiga.

Me miro en la pantalla del móvil y ¡no me veo! ¡Lo he conseguido! Me siento súper orgullosa de mí misma. Soy consciente de que estoy saltándome varias reglas: la de acceder al cuarto de baño de profesores no es nada en comparación con usar el móvil y grabar a compañeros. Solo espero que merezca la pena. Me acerco sigilosamente y los grabo.

—Ha sido fácil ganar a esa friki —dice Ángela.

—Me habías dicho que no sabía jugar y me lo ha puesto difícil. La partida ha sido muy larga.

—No te quejes tanto y toma tu dinero. Más vale que tu auricular estuviera bien desinfectado.

—Te juro que los limpié tres veces, como me dijiste.

—Ahora lárgate. Si se entera alguien de que tengo un primo friki, te haré la vida imposible. Me voy. Aún tengo otro premio que ganar. Voy a ser la más guapa de la fiesta. Ya me he encargado de que a mis amigas se les estropee el disfraz. —Sonríe de forma maléfica. No necesita disfraz en Halloween—. Espera tres minutos antes de salir.

—¿Tres? ¿Y si me pillan?

Levanta las manos y le dedica una sonrisa diabólica. Si da miedo de manera natural, no quiero verla disfrazada.

Sabía que Ángela había hecho trampa. Sabía que no podía confiar en ella. Sabía que conseguiría ganarme. ¿Y ahora qué? Regreso al baño y cierro la puerta del baño con mucho cuidado. Espero a que el chico se marche. Créeme. Son los tres minutos más largos de mi vida.

Cuando lo hace, inspiro profundo. Cierro los ojos y recuerdo las veces que me he defendido. Repito mentalmente “no tienes poder sobre mí”. Siento un cosquilleo en cada

miembro de mi cuerpo. Abro los ojos y me aseguro de que vuelvo a ser visible. Me siento como una superheroína volviendo a su identidad secreta.

—Paula, ¿has terminado? —pregunto cuando salgo del baño.

—Ahora salgo.

Abro el bote de sangre artificial, cojo una esponja de maquillaje que me ha dado mi madre, y terminamos de prepararnos. El resultado es espectacular. Nos hemos pintado ojeras y labios negros. La sangre alrededor de la boca y en las manos y brazos nos da un aspecto terrorífico. Puede que no ganemos el premio al mejor disfraz reciclado, pero tenemos opciones para la categoría original.

Salimos del baño sin hacer ruido. Sin embargo, en cuanto ponemos un pie en el pasillo, nos topamos con Teresa.

—¡Qué susto! —decimos a la vez.

—¡Chicas! ¿Qué hacéis aquí?

Silencio incómodo.

—El baile es en el polideportivo.

—Ya...

Ese “ya” no añade nada, lo sé. Me he quedado en blanco.

—Silvia, me han dicho que has llegado a la final. Enhorabuena.

—Ángela ha hecho trampas.

¡Oh, no! ¿Paula quiere contar lo del vídeo?

—Tenemos pruebas.

—¿Qué? ¿Cómo?

Es mi turno:

—¿Podemos confiar en ti? Nos hemos saltado alguna norma que otra, pero lo importante es el resultado, ¿no?

—No entiendo a dónde quieres llegar, pero podría decirse que sí.

Saco el móvil del bolsillo exterior de mi mochila Altus y se lo muestro. La cara de nuestra tutora nos ofrece una gran variedad de muecas: desde sorpresa con los ojos abiertos de par en par, hasta asco con la nariz y la boca arrugadas. Sin embargo, lo que más me interesa es su opinión.

—Esto no puede quedar así. Voy a hablar con el director.

—Es amigo de su padre. Seguro que nos llevamos la bronca nosotras.

—Tranquilas, confiad en mí.

Nos susurra su plan después de mirar a ambos lados del pasillo. ¿Te he dicho ya que Teresa me cae genial? A pesar de haber trabajado los adjetivos con ella, no sé cómo calificar su plan. Me podrían servir: loco, descabellado, tronado e imprudente.

—Chicas, que lo paséis bien.

Nos guiña el ojo y se marcha con mi móvil. No te preocupes, no me lo ha confiscado. Ella también se ha saltado la norma, pero es por una buena causa.

El polideportivo parece una película ambientada en Halloween. Los profesores han hecho un gran trabajo. Hay focos de luces por las esquinas, telarañas cubriendo paredes y puertas y música espeluznante. Me recuerda a la fiesta de la serie de Miércoles Addams que tanto nos gustó a mi madre y a mí. Ha sido pensar en ella y sonar la famosa canción del baile: *I'll dance, dance, dance with my hands, hands, hands...* Cojo de la mano a mi amiga y la llevo al centro de la pista. Nos miran al pasar, creo que algunos no comprenden nuestro disfraz. ¿Y sabes qué? Me da igual. Ya no necesito encajar. He aprendido que soy guay tal y como soy y que no es tan difícil hacer amigos. Sé lo que quiero y lo que no quiero. No quiero ser una copia barata de las *vips*. Quiero ser yo. Silvia Martínez, a secas.

Bailamos unas diez canciones seguidas. Me acerco a Paula para decirle que tengo sed. Ella asiente y nos alejamos del tumulto de gente. La bebida es roja, color sangre. No sé cómo lo habrán conseguido, pero prefiero beber agua. Cojo gominolas con forma de araña y sin querer me choco con una persona alta cubierta por una capa negra. Pido perdón y me acerco al otro extremo de la mesa, donde hay gominolas con forma de calaveras. De pronto escucho a mi espalda cómo Ángela alardea sobre el torneo de ajedrez con sus amigas. Me giro para ver sus disfraces. Son princesas Disney muertas, pero se han maquillado tanto que parecen recién salidas de los cuentos.

—El director me pidió que fuera para enseñarles a jugar. Necesitan que vaya una popular como yo, para que no parezcan tan frikis.

Paula debe verme de tan mal humor, que alza su mano y me dice que no lo haga. Es tarde. Me acerco a la cabecilla de las *vips* y le hablo a pocos centímetros de su cara.

—Mira, guapa. —No se me da mal imitarla—. No mientas a tus amigas. El director no te ha pedido nada. Yo te apunté al torneo, para que lo sepas.

—¿Tú? ¡Mientes!

—¿Qué pasa, no me crees? Pregúntale al director. Mira, por ahí viene.

—¿Sabes qué? Paso de ti. No me llegas ni a la suela de los zapatos.

Me tira la bebida color sangre de su vaso por encima de mi vestido y en lugar de mancharme, me convierto en una reina aún más tenebrosa. No sabe el favor que acaba de hacerme. Mi vestido blanco se ha teñido de rojo y parece más terrorífico que antes. Ángela me mira de arriba abajo con desdén, les hace un gesto a sus amigas para que la sigan y se pierden en la pista de baile.

Regreso con Paula. Después, se nos acerca Teresa.

—Lo has hecho muy bien. Pareces otra.

—¿Qué? ¿Me has escuchado?

Se pone una capucha y se da la vuelta. Era ella la persona con la que me he chocado en la mesa de gominolas. Me ruborizo.

—Estoy muy orgullosa de ti. Espero que tú también lo estés.

—Me siento más valiente y luchadora. Me gusta la sensación. Me he quedado muy a gusto después de decirle todo eso a Ángela.

—Es importante decir lo que pensamos. Siempre desde el respeto, claro. Y ahora, ¿preparada para la entrega de premios?

Le sonrío y ella me guiña el ojo. Nuestro plan está en marcha.

—Paula, vamos a bailar, que pronto acabará la fiesta.

Regresamos al centro de la pista y bailamos sin parar hasta que alguien da dos golpes al micrófono y pronuncia el típico “hola, probando, probando”. Alzo la mirada y veo al director junto a nuestra tutora y a Marian. Apagan la música y comienza el discurso.

—Buenos días. Pero ¿quiénes sois vosotros? ¿Qué habéis hecho con nuestros alumnos?

—Buuuu —gritan todos.

—Vale, vale. Ha sido un chiste muy malo. Sé que tenéis ganas de que el baile continúe, así que vamos a pasar directamente a la entrega de premios, sin bromas ni sermones.

Nombra a un ganador por nivel de cada juego y cuando llega al ajedrez, su rostro cambia. Espero que Teresa haya conseguido que la escuche y que nuestra grabación haya servido para algo. El director carraspea y mira directamente a Ángela. Ella sonrío y da pequeños saltitos. No sabe lo que le espera.

—Por primera vez en la historia del Instituto Tierra Estella, la misma persona se ha hecho con el primer premio de ajedrez y el premio al disfraz más original.

Ángela levanta los brazos para hacerse paso entre la gente. Camina bien erguida, contorneando sus caderas y mirando sonriente a ambos lados. Sus amigas la siguen, como en una boda. Solo les falta tirar pétalos de rosas.

—Y la ganadora es...

Se detiene, como en los programas de televisión. Odio que lo hagan. Teresa le dice algo al oído. Mikel asiente. ¿Qué pasa ahora? Mi corazón se acelera. ¿Y si me vuelvo invisible de nuevo?

—Antes de irnos de puente: recordad que mañana día 31 y el 1 de noviembre no hay clase. Y otra cosa: son las dos del mediodía y hay que limpiar el polideportivo. Todos los que tengan alguna vocal en su nombre se quedan a limpiar.

—Uhhhh.

—Vale, no os gusta este chiste tampoco. Tranquilos, lo recogeremos los profesores. ¡Qué poca paciencia tenéis! Como iba diciendo, el jurado ya ha escogido a los ganadores del concurso de disfraces, pero hay un pequeño cambio de planes. Voy a nombrar a los ganadores del mejor disfraz reciclado y me dejo para el final a esa persona que ha batido el récord de la historia de este instituto.

Abre el sobre con torpeza, no consigue sacar el papel y finalmente rasga el sobre por el lateral entre aplausos y silbidos. Nombra a los ganadores. Cuatro frikis que se han disfrazado de vampiros con bolsas de basura negras y mermelada de fresa. Cogen las medallas y el público aplaude.

Escuchamos nuevos toques en el micrófono y la voz del director: “hola, probando, probando”. ¿Por qué no dice otra cosa?

—¡Solo falta un premio! Venga, las ganadoras del disfraz más original son... —Espera diez segundos entre abucheos—. Si os ponéis así no lo diré. —Silencio absoluto—. Paula Ochoa y Silvia Martínez, de primero D. Y Silvia Martínez se convierte en la primera alumna en ganar dos premios. ¡Enhorabuena!

Abro la boca, sorprendida. No me lo puedo creer. Paula no sabe dónde meterse. Creo que está un poco agobiada entre tanta gente y tanto ruido. Señala su oído y veo que lleva los tapones puestos. No se ha enterado de nada.

—¡Hemos ganado!

La cojo de la mano y nos acercamos al director. Es Teresa quien nos entrega las medallas. Mis padres no se lo van a creer. Me da dos besos y me abraza. A Paula solo le entrega la medalla sin contacto. Conoce sus gustos y necesidades. Nuestra tutora es la mejor del mundo.

—¿Cómo? —grita Ángela acercándose a nosotras.

Me quedo paralizada. Prefiero dejar que el director actúe y me limito a observar la sucesión de hechos que ocurren a continuación.

—El premio es mío. ¡Yo he ganado!

—Ángela, será mejor que no montes un numerito.

—¿Qué? ¿Es una broma, no? Ah, ya entiendo, es Halloween. En plan truco o trato... ¿es un truco? ¿Qué me estoy perdiendo?

Mira a sus amigas, pero ninguna le contesta. El silencio es sepulcral, nunca mejor dicho.

—¿Quién queréis que sea la ganadora? ¿La friki o yo? —pregunta al público.

Los ojos de Ángela echan fuego. La verdad es que me está dando miedo.

—Ángela, no te lo pongas más difícil —dice Mikel, el director.

—¿Más difícil? ¡He sido yo la que ha ganado!

—Las normas de todos los juegos son claras. No se puede hacer trampas.

Mikel activa el sonido del vídeo en el micrófono. Todo el polideportivo es testigo del engaño de la líder popular. Ella, por su parte, sigue negándolo.

—Es un montaje de la friki. Es todo culpa suya.

—Ángela, en lugar de seguir mintiendo, podrías pedir perdón.

—Pero...

—¡He dicho que te disculpes!

El director grita con tal autoridad, que ella musita un “lo siento” a regañadientes. Me mira achinando los ojos y apretando los labios. Seguro que está tramando su venganza. No me tiemblan ni las pestañas. Ya no veo a Ángela como la reina del tablero, acaba de convertirse en el primer peón que comen y desaparece del juego.

Se da la vuelta con la cabeza bien erguida y se dirige hacia sus amigas. Estas le dan la espalda. No me extraña, después de decir que les iba a estropear los vestidos para que ganara ella sola...

—Silvia, espera. —La voz del director interrumpe nuestra huída. ¿Qué querrá?—. ¿Puedes explicar tu disfraz? El jurado quiere saber por qué os habéis disfrazado de piezas de ajedrez zombies.

Carraspeo antes de hablar. La emoción me invade por dentro, pero siento el calor del público y la energía del momento. Si miro a mis compañeros, no podré decir ni una palabra, así que cojo de la mano a Paula y hablo hacia un punto fijo en el horizonte.

—Como sabéis, mi mejor amiga Martina se fue a Perú y me sentí muy sola. Gracias al trabajo que nos mandó Elena, he aprendido a jugar al ajedrez, he ganado una amiga y me he dado cuenta de que un peón, a pesar de parecer débil, sabe defenderse igual que las demás piezas. Y que, además, puede convertirse en reina si atraviesa el tablero. Por eso nos hemos disfrazado de reinas de ajedrez. Para animar a la gente que se siente peón. No hay porqué sentirse inferiores. Todos tenemos los mismos derechos. ¡Todas podemos ser las reinas del tablero!

Los alumnos nos aplauden. Nuestros compañeros de clase nos acompañan al centro de la pista. Suena de nuevo la música. Mientras bailamos, se nos acercan Lucas y Marc. Paula se sonroja. Miro a Ángela, sola en una esquina. Creo que trama algo, pero esta vez siento la fuerza del grupo. Ya no estoy sola. Soy una Silvia más fuerte. Puedo con Ángela y toda su tropa. Ay,

perdón, que ya no tiene amigas. Vale, igual me he pasado, pero se la debía. No era mi objetivo robarle su protagonismo, pero tengo la sensación de que está perdiendo su influencia sobre los demás.

Ojalá mi discurso haya servido para transformar algunos corazones. Quizá de mayor sea abogada, como mi madre. Ahora que sé defenderme, quiero ayudar a todo el que lo necesite.

Querido diario:

La escritura me ha ayudado a desahogarme y a superar el dolor que sentí tras la partida de mi amiga Martina. Sin embargo, ya no te necesito.

He decidido publicar mi historia para que ninguna persona sufra por ser diferente. La invisibilidad fue una señal de mi cuerpo para indicarme que tenía que defenderme. Cuando te atacan en el ajedrez, sacas a tus piezas y luchas hasta el final. Así hay que hacer en la vida real, pero sin violencia, que, como dice mi madre, para eso creó la humanidad el lenguaje.

Quizá te preguntes si he vuelto a usar mi poder. No te voy a engañar. El dormitorio de mi hermano ha sido sabotado por un alien invisible. ¿Te lo puedes creer? La tía Ana ha venido varias veces a casa a hablar con Asier. Dice que no parece grave, que son imaginaciones tuyas. No ha vuelto a dibujar más extraterrestres. Ahora se dedica a aprender a jugar al ajedrez para ganarme.

Quiero terminar con la frase que más fuerza me ha dado y que siempre repetiré. Puedes usarla siempre que la necesites.

No tienes poder sobre mí

P.D.: Me la quiero tatuar en la muñeca, pero mi madre no me deja hasta que sea mayor de edad. Así que he comprado un rotulador para hacérmelo yo misma. Espero que esta vez mi hermano no me pille...

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por su apoyo y comprensión. Sobre todo, cuando me meto de lleno en la escritura de alguna novela.

A mis lectores cero o alfa: Olga Segura, Emilio Moreno y Elena Crespo. Vuestras críticas constructivas me ayudan muchísimo.

A mis alumnos solitarios, populares, frikis, nerds y disruptivos. Todos sois mi fuente de inspiración.

A ti, lector, por elegirme. Te agradezco de corazón tu tiempo. Puedes escribirme por redes sociales: @naiarasanchez.escritora o por correo electrónico: naiarasanchez.escritora@gmail.com. También me ayudaría que escribieras tu opinión en Amazon, Goodreads u otras plataformas de libros.